

Páginas de tradición

2

Tradiciones Urbanas Salmantinas



JOSÉ LUIS YUSTE

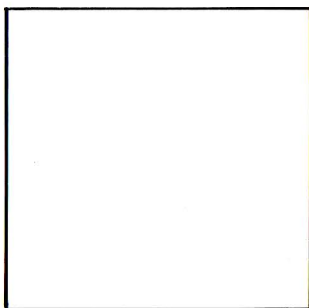
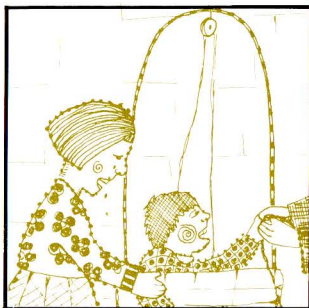


TRADICIONES URBANAS SALMANTINAS

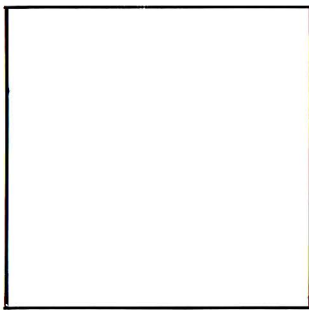
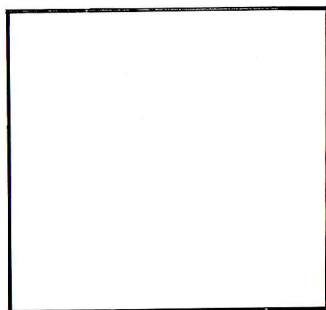
COLECCIÓN «PÁGINAS DE TRADICION»

2

JOSÉ LUIS YUSTE



TRADICIONES URBANAS SALMANTINAS



Centro de
Cultura Tradicional
Diputación Provincial
de Salamanca
1996

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SALAMANCA
Centro de Cultura Tradicional
Páginas de Tradición/ 2

1ª edición, abril 1986
Reimpresión, octubre 1987
2ª edición, diciembre 1996

© Centro de Cultura Tradicional
(Diputación de Salamanca) y el autor

Ilustraciones cubierta e interior: Mari Celi Simón
Foto cubierta: Roberto García Sáenz
Diseño y realización: Ángel Carril y Juan F. Blanco
Maquetación: Rosa M. Barrientos

I.S.B.N.: 84-87339-45-X
Depósito Legal: S. 95-1997

Para información e intercambio
dirigirse a:
CENTRO DE CULTURA TRADICIONAL
Diputación Provincial de Salamanca
Plaza de Colón, 4
37001 SALAMANCA
Teléfono: 923/21 87 07

Impreso en España-Printed in Spain
Impresión y encuadernación:
Imprenta CALATRAVA, Soc. Coop.

Quedan reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
podrá ser reproducida, total
o parcialmente, por ningún medio
de transmisión, sin autorización expresa
y por escrito del editor.

*«...Salamanca. Ciudad acreedora
a los mayores elogios...
...En el Tormes son diluvio
las preciosidades».*

(Francisco Botello
de Moraes. 1737)

PRESENTACION

Una parte importante del "mobiliario urbano" de las ciudades lo constituyen las leyendas y tradiciones que perviven asociadas a los nombres de sus calles, a sus fiestas, al ritmo de su vida.

Es un error bastante común pensar que las ciudades grandes, las capitales, se hallan desnudas de tradiciones y que el acervo cultural de transmisión oral se reduce exclusivamente al hábitat rural. Las ciudades poseen un legado etnográfico muy rico, a pesar de haber sufrido una mayor contaminación o interferencia externa que las poblaciones rurales.

Nadie podrá afirmar que conoce la ciudad de Salamanca si ignora qué es la *Mariseca*, de dónde surge el nombre de la calle *Tentenecio*, cuál es el origen de la arraigadísima tradición del *Lunes de Aguas* y tantas y tantas tradiciones.

Solamente aquéllos que sepan imbuirse también de la fascinación de estos "monumentos" salmantinos, intangibles a veces, podrán presumir de haber captado el auténtico espíritu de esta ciudad magnética. Este libro será para todos ellos una guía inusual pero imprescindible, un aliado perfecto para descubrir lo inmaterial que también enhechiza al natural y al visitante.

MANUEL MARTÍN MARTÍN
Diputado de Cultura
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SALAMANCA

PREAMBULO

Se han resistido los papeles a aportar el dato. Por más que he husmeado en amarillentas hojas caligráficas en sepia, por más que me he adentrado en libros encuadernados como se encuadernaba entonces, aún ignoro qué tiempo saludó a aquella primera mañana de noviembre de 1755. Si, como es presumible, era menester llevar hasta la nariz agazapada tras el embozo; si, al igual que ha ocurrido en otras ocasiones, había que resguardarse de la lluvia; si el viento espantaba los manteos, o si apetecía el paseo mañanero. Que todo pudiera ser.

Habrà quien no entienda, sin que medie mayor explicación, a qué viene esa curiosidad por nota tan, a simple vista, irrelevante. No faltará, pondría la mano en el fuego, quien se lleve el índice al lugar donde la sien cobija el tornillo del seso, si alguna vez fuese puesto al corriente de las horas a las que despedí en el archivo o la biblioteca, empecinado —con sequía de resultados, como salta a la vista— en encontrar a alguien que se hubiera preocupado en anotar cómo amaneció aquel día de Todos los Santos. Estaba deseoso por conocer el detalle para saber si

los cielos, ajeno el término a cualquier connotación metafísica, habían dado alguna señal premonitoria de los males que en tal fecha acaecerían.

Apenas había estrenado 1755 su undécimo mes cuando, ¡brroouum...!, un escalofrío de la tierra sacudió Lisboa y llevó el luto al país con el que compartimos frontera. El occidente hispano se estremeció. Sintió bajo sí cómo la dermis del globo retemblaba. Los libros y esos papelotes que al manejarlos te impregnan los dedos de un polvillo de años, de lustros, de siglos, y que no recogieron si aquel día hubo algún signo que hiciese prever el sismo, sí reflejan fielmente el pavor que produjo. Lo recogen, y nos lo transmiten, con calificativos a veces sobrecogedores. Se hizo hasta una descripción funesta. La *Descripción funesta del terremoto que se experimentó el día primero de Noviembre de este presente año de 1755*, compuesta, nada más y nada menos, que por un *Ingenio de Salamanca*. Que así consta. Ve el salmanticense vate castigo divino en el *san vito* que le entró a este pedazo del rechoncho cascarón terráqueo.

*Ya en el trueno, y el rayo
Dios explicó su enojo,
y vé, que aun dura el Hombre
al rayo ciego, como al trueno sordo.*

.....

*Ya por último aviso,
Dios misericordioso
quiere, que en la España
sea Predicador un Terremoto.*

Ayunos de parte meteorológico del despertar novembrino, no quedamos tan corridos cuando nos topamos con don Isidoro Ortiz Gallardo de Villarroel, sobrino del jubilado catedrático de prima de Matemáticas y titular de la Cátedra que versa sobre tan exacta ciencia el año en que el cataclismo se dejó sentir, explicando a dos atrevidillos estudiantes, aspirantes a galenos, por todas las trazas, las señales remotas del temblor. Pero citémonos con él para más adelante, que ahora hemos de satisfacer un deseo: aclarar hacia dónde nos encaminamos.

Para quien lo haya descubierto, un real de vellón. Para quien no, la explicación. Que no es otra, refiriéndonos al terremoto con el que tras estas líneas iniciales ya nos hemos familiarizado, que una base que, ahora, dentro de un instante, nos lleve a hablar de *El Mariquelo*. Del *Mariquelo*, sí, como una tradición urbana salmantina. El será nuestro punto de arranque para, unas veces bebiendo en fuentes históricas; dejándonos seducir por la leyenda, otras; aquí, transcribiendo un viejo documento hallado en no sé qué legajo,

y allí, recuperados para la cotidianidad después de haber estado sumergidos en la lectura de tal o cual libro, más o menos añoso, dando cuenta de su contenido. Constituirá punto de partida, decía, para recorrer algunas —que no todas, pues sería presuntuoso por mi parte intentar abarcar el vasto acervo costumbrista de estos predios— tradiciones, algunos usos de esta urbe cuyas mujeres protagonizaron heroica gesta ante el cartaginés Anibal; de esta ciudad que conoció al embravecido Tormes arrasar medio puente, beberse casas enteras y sorber vidas un triste día de San Policarpo; de esta Salamanca *quod non dat lo que natura non praestat*; de esta cuna y forja de hombres ilustres, salpicada de *vitores* y que en pizarreña lápida de esquinado asiento sentencia *que los que dan consejos ciertos a los vivos son los muertos*. Insisto en lo de algunos. Son unos pocos, un ramillete. Unos, de reciente desaparición; otros, recuerdo en las páginas de una vieja historia, en la grafía irregular de un manuscrito o en la memoria del abueleto que descansa sus huesos en un banco de la soleada plaza; vivos, algunos. Vivos y, a menudo, subrayados cuando nos convertimos en obligados cicerones ante unos amigos que llegan de fuera. Vivos y, a veces, olvidados, en situación similar, por el constante contacto con ellos.

DE TORRES, ROELES Y CARROS

Cristalina la cuestión, o, cuando menos, hecho intento de aclararla, acudamos, como habíamos quedado, al encuentro del sobrino de don Diego de Torres Villarroel. Va ya por la lección tercera y anda explicando a los estudiantes que *«no se pudo disponer en corto tiempo agente robusto, para causar tan violentos, y horrorosos efectos, como en el día primero de este mes vimos»*. Por ello, recorre parte del *«pasado tiempo»* y recuerda que en noviembre y diciembre de 1752 y enero de 1753 *«fueron quasi continuas las lluvias, y nieves; y successivamente en los meses de Febrero, y Marzo se continuaron las escarchas, hielos, y vientos finos»*, concluyendo que *«de aqui provino engendrarse gran porción de exalaciones, y vapores nitrosos, y sulfurosos»*, que quedaron presos en la tierra. Durante el invierno y la primavera cayeron lluvias suficientes para evitar la escasez de frutos que las gentes de estos pagos habían padecido la temporada anterior, pero ni relámpagos zigzaguearon en el cielo, ni se oyeron refunfuñones truenos, señal inequívoca, para el matemático, de que los vapores seguían atrapados. *«Parecían haberse roto las*

cataratas del cielo» en el otoño del setenta y cuatro, extendiendo el invierno blanca capa en los dominios tormesinos. En junio se vieron atacados los moradores de este nuestro solar por *«grandes e irregulares fríos, y aun nieve»*, de modo que *«constipose la tierra, apretáronse sus porosidades, y todos los vahos, vapores y humos»*. Con el verano largo que siguió, *«tanto tiempo reclusos»*, se convertirían en *«betunes, azúfres, sales, y otros humores, huntos y resinas»*.

Curiosa mezclanza, a punto para una chispa. El caudal de comprimidas sustancias subterráneas se enriqueció con las copiosas lluvias del otoño de 1755. Estación tristona que desnuda los árboles y preña el cielo de grises nubarrones, parió en este año un octubre desapacible que se despidió entre fríos. Y el primer día de noviembre, ignición de los reclusos vapores. El terremoto. Y el espanto. Tanto, que creció la voz de que el Tormes había desaparecido por instantes, quedando sólo su lecho. La confusión. Tamaña, que al correr por Ledesma el agua almagrada, vieron algunos ojos sangre en el cauce; leche, allí donde el río arrancaba caliza y se tornaba blanco; tinta, si se ennegrecía. Nos lo cuenta Ortiz Gallardo de Villarroel en escrito menudo, mas de enjundio-

so título: *Lecciones entretenidas, y curiosas, physico-astrologico-metheorologicas, sobre la generacion, causa y señales de los terremotos, y especialmente de las causas, señales, y varios efectos del sucedido en España en el día primero de Noviembre del año passado de 1755...*». La dedicatoria, que es a su tío; la autoría; título académico. En fin, que no falta detalle.

Seguimos, pese a todo, sin saber cómo amaneció aquel día de Todos los Santos. Lo hiciere de un modo u otro —resignado estoy—, el caso es que a las diez de la mañana, fija el matemático, y subraya el *Ingenio Salmantino*,

*(eran las diez de el día
en que el Culto piadoso
de la corte Celeste
celebra feliz los Santos Todos),*

cuando en la Iglesia Catedral de Salamanca se celebraba Misa Mayor y entre bóvedas ascendía

.....
*Qui tollis peccata mundi,
suspice deprecationem nostram.
Qui sedes ad dexteram Patris,
miserere nobis.
Quoniam tu solus
Sanctus.*

*Tu solus Dominus.
Tu solus Altissimus,
Jesu Christe...*

las últimas palabras del *Gloria in excelsis*, los fieles palidecieron. Un infernal estrépito, un ruido atronador, unos crujidos que amenazaban con llevar a tierra torre, crucero, columnata y muros. Fue tal la brusquedad del seísmo que hasta las campanas sonaron sin que los monaguillos tirasen de la sogá.

*De el Relox en las Torres
sonando el metal bronco,
pareció que ya daba
la hora de la muerte clamoroso.*

No es difícil imaginar, remudada la color y vuelta la sangre a las venas, a aquellos en desbandada hacia la calle, a esos hincar la rodilla en el tembloroso suelo, a la rolliza ama gritando garganta en boca, al travieso chavalín perdido en medio de semejante desconcierto hecho lágrimas... Luego, el temor a que la tierra volviera a rebullir; el sentir un temblequeo en las piernas y erizado el vello cada vez que se despabilara el recuerdo y reverdeciese la imagen. Y para que ésta no se borrara, allí quedaba el crucero amenazando ruina, dañada la torre, insegura la veleta, «*Daños y ruinas*», dice un

documento de la época que hemos consultado en el Archivo del Cabildo, «*en todas sus naves, vovedas, torres, y demas de toda su admirable fabrica, y especialmente, en el crucero*». El Obispo, Deán y Cabildo enviaron, en 1757, un memorial al Rey: «*Padecimos inopinadamente el mayor sobresalto con el espantoso*» terremoto, «*pues al vehemente impulso de sus vibraciones se estremecieron todas las piedras de este edificio*», que abandonaron a los quince días «*por temor de que la inminente ruina del Crucero ocasionase la de toda su portentosa máquina*».

Corría, ya digo, 1757. Una década antes de que el arquitecto francés Nicolás Devreton emitiese un informe más tranquilizador sobre el estado de la torre, cuyo desmonte habían aconsejado algunos. El gallo, basándose en que «*los cuerpos no pueden caer, a no ser q^e su centro de gravedad este fuera de sus basas*», manifiesta que «*la torre de q^e se trata, esta muy lejos de tan deplorable sítua-ción*». Aconseja, como paso previo a la construcción de un zócalo —ése que, hoy, hace tronco de pirámide del primer cuerpo—, rodearla con seis cadenas, con las que se «*lograra la permanencia que se necesita p^a hacer despues de puestas dhas cadenas el reparo con que quede para*

spre segura». Además es «*de sentir*», para que «*se desvanezca*» el temor del público, «*se ponga inmediatam^{te} el relox en el sítio en q^e antes estaba*».



A esta torre y a la campana del reloj está simbióticamente ligado *El Mariquelo*, que cada 31 de octubre y cada 1 de noviembre se empeque-

ñecía a los ojos de los curiosos casuales y de los asiduos a la cita, mientras iba perdiendo suelo para ganar cúpula catedralicia. ¿Y por qué tan arriesgada operación, habida cuenta de que el último tramo era obligado cubrirlo ascendiendo por el exterior? Otro documento guardado en el Archivo del Cabildo arroja luz sobre el particular, al señalarnos que los actos litúrgicos que, en señal de gracias, tendrían lugar anualmente en el día de Todos los Santos, se deberían anunciar «a las doce del medio día antecedente, con el toque de toda clave de Campanas, añadiendo la del Relox, por haverse por si mismo tocado à impulsos del Terremoto».

Consciente de lo farragoso que resulta adentrarse en el contenido de los manuscritos o de los viejos textos impresos, comprendo la fanfurrina de quien, sin estar habituado en el trato, se topa con semejante engorro. Mas voy a osar reproducir íntegro el que nos ocupa por no ser demasiado extenso ni su composición tan enrevesada que seguir su contenido acabe en migraña. De todos modos, como sé que habrá lectores a quienes no apetezca el bocado, sepan éstos —y la explicación les exonera de tragarse la parrafada— que se trata del acuerdo del Cabildo por

el que se determina, *nemine discrepante* que, cada año, se exponga el Santísimo y se rece la Salve el día de Todos los Santos.

A los interesados en el contenido, comunícoles que el documento —y es el gusanillo que me ha picado y tentado a su reproducción literal—, en su primera parte, es una concisa crónica de lo acontecido aquel primero de noviembre de 1755. No me entretengo más en disquisiciones. Al grano:

«Los Señores Dean, y Cabildo de esta Santa Iglesia Cathedral de Salamanca, entendiendo quanto se agrada la Magestad de Dios Nuestro Señor de que nuestro conocimiento dé muestras de agradecido à sus inmensos beneficios, retribuyendole por ellos humildes sacrificios de alabanzas, que hacen mas patentes las puertas de su infinita misericordia, y piedad; teniendo muy presente, como es justo, el imponderable, que en el Sabado primero dia de Noviembre dedicado à la Festividad de Todos los Santos de el año de 1755. recibieron todos los habitantes de esta Ciudad, y Obispado, quedando indemmes, è ilesos en el horrendo, y espantoso temblor de tierra, con que la Justicia de Dios Nuestro Señor indicó lo mucho, que nuestra culpas tie-

nen irritada su benignísima tolerancia, estando apique en un momento de padecer general ruina todos los edificios grandes, y pequeños, á cuya desgracia debia seguirle la mayor de sepultar en sus ruinas innumerables personas, en particular en la Santa Iglesia Cathedral, la que al finalizar el Hymno Gloria in excelsis en la Missa mayor, repentinamente se conmovió con estrepito todo el pavimento, columnas, paredes, y bobedas de ambos Templos, crugiendo toda su machina, assombrando con su continuo movimiento, excediendo á la ponderacion, el que por su elevacion hacian las Torres; despues de haver rendido prompts reconocimientos á la Magestad Divina en la tarde del mismo dia, con la Procesion, que en la Iglesia hicieron, cantando las letanias de los Santos, y solemne Salve á la Madre de Dios Maria Santissima su Titular, y Patrona; repitiendolos con extension en el Jueves dia cinco de dicho mes, en el que se expuso manifiesto por todo el dia el Santissimo Sacramento con la decencia, que es estilo en su Fiesta, y Octava, cantando su Missa despues de las Horas, á que precedió el Te Deum laudamus, con todo el lleno de la Capilla de la Musica, con asistencia del Illmo. Sr. Obispo, y Ciudad, quienes tambien concurrieron por la

tarde, en la que despues de haver reservado á su Magestad se terminó la funcion con la Salve solemne á Maria Santissima; deseando mostrar lo profundo de su reconocimiento a tan grande, y especial gracia, y que su memoria no solo, no se borre en los favorecidos, sino que passe a perpetuarse á la posteridad en todos los tiempos: En el Cabildo Ordinario, que celebraron Viernes siete del mismo mes, y año, determinaron, nemine discrepante, que en el dia de Todos los Santos de cada año en adelante para siempre, se exponga el Santissimo Sacramento antes de Prima, y se reserva despues de haver finalizado todas las Horas Canonicas de la mañana, terminando la funcion con la Salve solemne á Maria Santissima, anunciando al Pueblo estos especiales cultos á las doce del medio dia antecedente, con el toque de toda la clave de Campanas, añadiendo la del Relox, por haverse por si mismo tocado a impulsos del Terremoto: Y que en el año, que la Festividad de Todos los Santos ocurriere en Sabado, que corresponde en todo al de 1755, siga la exposicion del Santissimo Sacramento por todo el dia hasta despues de Maytines, por razon de que en el Sabado no concurre el Oficio general por todos los Fieles Difuntos, que es impedimento,

que en los demás años restringe la Funcion solo á la mañana».

A eso subía el *Mariquelo*: a tocar la campana del reloj que se halla en lo más alto de la torre. Hoy ya no lo hace. Su desafío se apagó en 1976, justamente una década atrás. Si abrimos cualquier historia de Salamanca, encontraremos referencias de los efectos del terremoto y, por ende, el origen de quien dejaba boquiabiertos a propios y a extraños con su funambulesco repique. Bernardo Dorado, por ejemplo, en su *Compendio histórico de la ciudad de Salamanca, su antigüedad, la de su Iglesia y su fundación, y grandezas que la ilustran*, al reseñar el mandato del obispo Joseph Zorrilla de San Martín III, habla de «*aquel gran terremoto que causó grandes estragos en nuestros Reinos*», haciendo constar que «*se expone el Sanctísimo en esta Santa Iglesia Catedral desde la hora de Prima hasta la de Sexta inclusive, cantando una Salve a la Reina de los Cielos solemnemente, todo en accion de gracias por haber librado el gran Crucero, y torre de esta fabrica de su total ruina*»; cruce-ro y torre, que se movieron «*como cañas impelidas por el viento*». Villar y Macías, después de transcribir parte de la resolución del Cabildo, en una nota a pie de página fija que

en el último día de octubre y en el primero de noviembre «*suben todos los años por la parte exterior de la cúpula á tocar la campana del reloj, y como durante muchos tiempos pertenecieron los que subían á la familia llamada de los Mariquelos, todavía el vulgo llama así á los que ahora la ejecutan*».

El último en *ejecutarlo* fue Fabián Mesonero, a quien encuentro, cuando redacto estas líneas, recuperándose de una intervención quirúrgica. Por ello, mi gratitud hacia él ha de ser doble, pues no sólo se brindó a ofrecer los datos que salpicarán las próximas líneas, sino que lo hizo mordiéndose los labios cuando el dolor apretaba. A Fabián Mesonero, al *campanero*, como se le conoce entre las personas que nos condujeron hasta él, por haberlo sido de la Catedral, le viene de casta eso de haber ejercido de *Mariquelo*. Lo fue su bisabuelo Juan, quien relevó en el puesto a otro Juan, éste no de la familia Mesonero, sino apellidado Lino por rama paterna y García por la materna, como se lee en lo alto del campanario, junto a una fecha: 1874; lo fue su abuelo, Luis; su padre, de nombre José, al que acompañó, recién cumplidos los catorce años, en el que sería su primer periplo por los dominios *mariquelenses*, si me es

concedida licencia para la expresión. Fabián vio la luz en la torre catedralicia, donde moró hasta hace un par de lustros. Allí nacieron sus nueve hijos. Y me cuenta, llevándose de vez en cuando la mano a esa pierna que le trae a mal traer, que hace tiempo, cuando aún vivía su padre, le daban un duro por subir los dos días. Un duro que, andando el tiempo y situándonos en los límites de los sesenta, se multiplicó por cinco.

En 1968 cumple con el rito. «*Puntual a la cita, desafió al temporal*», titulaba *El Adelanto* su reseña sobre la ascensión. Mañana desapacible la de aquel año, «*con viento racheado y ráfagas de lluvia*», Fabián Mesonero «*cumplió al pie de la letra todas las partes del rito: campaneó intenso durante un cuarto de hora; subida y bajada por el exterior...*». Recuerda, ahora, que el día 31 de octubre la lengua badajil lamía el bronce de doce a doce y cuarto, y que el día uno de noviembre, en un principio, lo hacía de ocho y media a nueve menos cuarto, horario que, después, se retrasaría en treinta minutos. Escudriña en sus adentros y, hallado lo que buscaba, habla de aquella ocasión en que «*de las cuatro veletas para abajo había niebla espesa, espesa. Parecía, vista desde lo alto,*

una mullida alfombra. Daban ganas de tirarse. Y de allí para arriba, lucía un sol radiante». No se le ha olvidado, tampoco, lo aterido que anduvo algunas veces, por mor de los fríos. Ni se le escapan, en el repaso de lo que fue, aquellas mañanas ventosas. Una así impidió a su antecesor entrar en el siglo con fidelidad a la tradición. Lo recoge *El Adelanto* de uno de noviembre de 1900. «*Con motivo del fuerte viento reinante, no pudo efectuar el Mariquelo, ayer mañana, su ascensión al para rayos de la catedral, en conmemoración del terremoto de Lisboa*».

Tan escuetas solían ser las notas sobre el particular. Así las encontramos en *El Correo Salmantino*, sección efemérides, donde, tras recordar el «*fatal terremoto*», subraya que «*es costumbre tocar sólo en este día el reloj de la catedral*». O en *El Progreso*, año de 1885, «*ayer a mediodía, según costumbre, se verificó, a toque de reloj, la ascensión del Mariquelo a la torre de la catedral, arriesgada operación que todos los años ejecutan varios atrevidos artesanos*». O *El Fomento*, o... En otras ocasiones, se dejaba a un lado el gáteo por la cúpula para anunciar la exposición del Santísimo, el rezo de la *Salve* y el canto del *Te Deum*. El oficio religioso aún se mantiene.

Fue en 1968 cuando se interrumpió la tradición de la trepa. Permanecería abierto el paréntesis hasta 1974, año en que el entonces Deán de la Catedral, el desaparecido Constancio Palomo, habla con Fabián Mesonero de recuperarla. Dicho y hecho. Ni corto ni perezoso, sube y toca a badajo, mientras disfruta de una panorámica inédita —no para él ni para sus hermanos, que, en alguna ocasión también desafiaron al vértigo; pero sí para los demás— de Salamanca. Repetiría un año más. Y otro. Pero en 1977, cuando ya tenía decidido ascender, pierde a su hijo en accidente de tráfico, y la familia le quita la idea de la cabeza. El último *Mariquelo*.

Allá arriba, junto a la campana del reloj, cuyo diámetro es, casi, casi, el de la cúpula, encaramados están el cimbaló y la campana de los cuartos. En el llamado patio de campanas, más abajo, son nueve, sin contar las chilejas, las que pueden repicar. Las que tienen por nombre *San Miguel*, *San Francisco* y *San Diego* se ven desde la calle de la Rúa. La *de muertos*, *Santa Bárbara* y *Santa María* dan a la fachada de la torre que se enfrenta al antiguo palacio episcopal, y por Tentenecio caen las notas de bronce de *Santiago*, *Ferial Mayor* y *Ferial Menor*. La *María de la O* es ésa que, desde aquel balconcillo, se asoma, como las tres primeras, a Pla y Deniel.

— *Fabián, hasta otra, y gracias. Ya digo, por partida doble.*

Mientras él se recupera, ¿hace un garbeo por estas calles salmantinas cargadas de historia? Como ando indeciso entre ir, Tentenecio abajo, camino del río, o despedirme de los jardines de Anaya y dirigirme, Rúa adelante, hacia la Plaza Mayor, hago un alto en la Catedral Vieja. Que dos son las catedrales salmantinas a las que el Tormes sirve de espejo.

Bernardo Dorado nos desvela que de «*la antigua canto el adagio: Sancta Ovetensis; Dives Toletana; Formosa Leonina; Fortis Salmantina*», y da gracias a Dios porque, con la nueva, «*tiene Salamanca Iglesia que no solo es Santa como la de Oviedo; bella como la de Leon; rica como la de Toledo; y fuerte como la antigua, sino que es a un mismo tiempo Santa con riqueza, rica con hermosura, hermosa con fortaleza, y fuerte con magestad, delicadeza, primor y grandeza*». Los Reyes Católicos tal vez también viesan fortaleza en la primer obra catedralicia. No sé. Quizás. Lo que sí afirmaban es que era «*mui pequeña, y oscura, y baxa*». A más de pobre, añaden en su petición de «*algunas gracias*» para levantar seo de máquina más importante en esta ciudad de Salamanca que, informan al ministro primero del Papa Inocencio VIII, «*es de las insignes,*

populares é principales de nuestros Reynos», y cuna de un Estudio General donde se «*leen todas las ciencias*», causa que la muestra como atractiva a gentes de otros predios aledaños y lejanos.

No es de la ciudad de lo que pretendíamos tratar en este preciso instante, sino de su más antigua catedral que, puede que sea oscura, aunque, desde luego, no baja ni pequeña. Al menos desde la visión de estos días. En ese ayer lejano al que nos estamos refiriendo, no sé. Mas, no entremos en tales disquisiciones, que alguien podría ponernos sobre la mesa recortes de prensa que hablen de la deseada catedral madrileña. Dejémonos, pues, de enredos y vayamos a los que íbamos: la piedra que, suspendida en la nave central de la vieja Iglesia Mayor salmantina, está en boca de quienes en ella reparan. Esa *bomba* que no lo es. Y la *Puerta de los Carros*.

No me reproches, lector amigo, que no me detenga en otras cosas que, ciertamente, podrían ser abordadas. Te suplico que recuerdes que no es mi oficio el de historiador, aunque la Historia y las historias me apasionen, ni el fin de estas páginas servir como guía de visita a la ciudad. Otros han cubierto la parcela. Y muy dignamente, las más de las veces. Vuelve unas hojas atrás y mira lo que en discurso pronto propuse.

No pretendo ser plomo; menos aún, martillear en el mismo clavo, dale que te dale. Pero andaba algo obsesionado con la precisión. Hecha, prometo solemnemente no volver a apartarte de la ruta. Así que, ¡vamos! Servidor, ojo bien abierto y pluma en ristre, está presto a seguir. Y prefiere hacerlo acompañado a solo, que si quien escribe verdad es que se siente satisfecho cuando plasma en papel aquello que recogió acá o acullá, mucho más lo está en el instante en que sus letras dejan de ser monopolio para convertirse en bien compartido. Cuanto más, mejor.

Perdona, amigo —«¿*pues qué más fina amistad que leerle a uno?*», escribía Miguel de Unamuno en *Andanzas y visiones españolas*— que te haya entretenido otra miaja, cuando queda tanto por delante. Mira, de esa piedra que allí arriba se ve, con soporte férreo y cadenil sostén, se ha dicho que hubo milagro. Que cayó desde lo alto sobre quien andaba atareado en la reparación del templo y la intercesión del Cristo de las Batallas, el *Cristo del Cid*, al que se le atribuyen otros hechos milagrosos, le evitó una muerte segura. El nombre del trabajador, y otros datos sobre lo acontecido, consta y se recogen en un manuscrito que guarda el Archivo del Cabildo y que su titular, Florencio Marcos Rodríguez, ofreció en un artículo publicado en 1978 y

recogido, luego, junto a otros trabajos, en cuidado libro que lleva por título: *Historias y leyendas salmantinas*.

Dice que estando sirviendo Alonso de Paz, *«gallego, trabajador mozo, del lugar de Mireña de Allimia, obispado de Orense»*, dedicado a la obra de labra y aderezo de la capilla y altar del Santísimo Cristo de las Batallas, cayó una piedra, que *«pesó seis arrobas y ocho libras»*, derribada *«por uno de los oficiales que andaban por lo alto»*. No se pormenoriza si el orensano De Paz vio tantas estrellas como las que, cada noche, alumbraban el lugar donde se hallaba el cuerpo de Santiago apóstol, pero sí se detalla que resultó golpeado *«en la cabeza, en el cogote, y de allí le baxó al hombro, y de allí le dio en los lomos, de manera que le dexó en el suelo sin habla; y sin ella y sin sentido estuvo por espacio de diez horas»*. Tanto tiempo inconsciente, se le tuvo por muerto. Mas volvió en sí y, llevándose la mano al cogote, comprobó que no estaba herido y que del batacazo no quedaba otra huella que una insignificante señal. Festivo el día siguiente, no acudió al tajo. Sí lo haría una fecha más tarde. *«Se volvió a la dicha obra y trabajó en ella bueno y sano, como antes»*.

En la nave central, el hueco de la piedra. Y ésta cuelga de una columna como recuerdo de lo sucedido.

Para que quede constancia del hecho. Del artefacto que allí se ve he oído en más de una ocasión que es proyectil que cayó en uno de los bombardeos de la última contienda bélica y no explotó, cuando, en realidad, se trata de un cirio de buenas proporciones que un beneficiado por su favores ofreció el Cristo de las Batallas. Lo de la bomba quizás lo dijo alguien que venía de visitar la mañica basilica del Pilar, donde, efectivamente, se muestran dos. Y ya que a la Virgen nombramos, no queremos despedirnos del padre Florencio Marcos, sin referir otro de los muchos e interesantísimos datos que a lo largo de años de intensa tarea ha recopilado y dado a conocer, luego, en sus escritos. Concretamente, el relativo a la imagen que ocupa la Capilla de la Verdad, aunque para ello tengamos que regresar a la Catedral Nueva, que la acoge.

El autor del trabajo se pregunta si es historia o leyenda, y establece, porque, evidentemente, existe, cierto paralelismo entre lo que José Zorrilla escribiera en su obra *A buen juez, mejor testigo*, en la que el toledano Cristo de la Vega testifica, bajando el brazo, a favor de doña Inés de Vargas, y la narración que protagoniza, en Salamanca, un cristiano que, asediado por un judío, pone por testigo, a la Virgen. El hebreo le había hecho cierto préstamo. Saldó el

cristiano su deuda, pero nadie lo presenci6. Denunci6 el prestamista, negando la devoluci6n. Sin testigos que pudieran hablar a su favor, debi6 de sentir como la impotencia le golpeaba ante las falsas afirmaciones de su acusador ¿Qu6 mejor testigo que la Virgen? Y al lugar donde se hallaba la imagen invocada, llegan justicias y litigantes. Resuenan sus pasos en la Vieja Iglesia Catedral.

No es dif6cil imaginarse la escena. El joven cristiano, el pecho agitado y los ojos queriendo escaparse en demanda de ayuda ante la 6ltima oportunidad de probar su inocencia. El viejo judi6, traza de usurero, a la expectativa. Y el juez, que habi6 llegado al templo acompa6ado de escribano y alguaciles, poni6ndose a los pies de la Virgen.

— *Vos, Se6ora, hab6is sido puesta por testigo del pago efectuado por este hombre, que dice estar libre de deuda, mientras aquel niega que le haya satisfecho el pr6stamo que en su d6a le hiciere. Vos, Se6ora, que alumbrasteis la Verdad, dec6dnos qui6n habla con embuste.*

Chocan en el aire las miradas de acusado y acusador. La de aqu6l, suplicando justicia; aviesa la de 6ste. La voz del juez rompe un silencio que se hac6a eterno. Inquiere:

— *Dec6dnos, Se6ora: dadnos una se6al ¿Ha saldado el joven su deuda?*

La iglesia vuelve a enmudecer. Ora el cristiano. La inseguridad trepa en el judi6. Y llega la se6al. La imagen de la Virgen, con una leve inclinaci6n de cabeza, habla a favor del joven.

— ¡¡*Milagro!*!! —grita alguien—.

Tiembla el embustero. Hincan la rodilla en tierra los dem6s.

Tomada licencia para la recreaci6n ficticia del auto, animado por la idea de vitalizar lo que de otro modo no hubiese sido m6s que cita puntual de la fuente a la que nos acercamos a beber para recoger lo que, a todas luces, parece una leyenda, llegu6monos, ahora, a la *Puerta de los Carros*.

Es en una tradici6n del viejo Estudio salmantino donde se ha de buscar el germen del dicho: *salir por la puerta de los carros*, que se aplica a quienes, tras sufrir un rev6s en sus aspiraciones, no alcanzan lo que pretend6an. Por la puerta en la que se descargaban los carros que, presumiblemente, transportaban los diezmos que correspond6an a la Catedral y, para evitar el paso por la iglesia, las viandas que el nuevo licenciado hab6a de ofrecer, en la cena, sal6an, apesadumbrados y con acerbo sabor de boca, los graduandos que no consegu6an superar las pruebas. De ah6 el *sal6o por la puerta de los carros*, la que parece



condenada por tranca permanente desde aquellos tiempos en que los exámenes de grado tenían lugar en la Capilla de Santa Bárbara, y que está enortada hacia el antiguo palacio episcopal.

Presumo que el dicho ha llegado hasta las generaciones más cercanas a la nuestra por tradición oral, pues ninguna referencia hemos encontrado en los documentos que datan de las épocas en que el claustro catedralicio era mudo marco de las alegrías de los aspirantes aprobados, ya *nemine discrepante*, ya *por maior parte*, y pañuelo de las lágrimas de quienes resultaban reprobados. Estos ya sabían qué camino tomar, conocida su suerte.

Los exámenes se realizaban por el sistema de *piques*, como recoge el *Ceremonial* que nos transmitió, manuscrito, Bernardino Francos Valdés. El secretario, navaja en mano, picaba los libros por tres partes, siendo también de su incumbencia poner los registros allí donde hubiese picado. Debía, así mismo, «*sobre la misma mesa y sin aparttarse de la bista de los Examinadores*», ir «*senttando los corttes que se dieren y lo q^o cada punto coje, con toda distinzion y claridad, y luego el maestro de Zeremonias pasa con el Graduando a el Altar q^o esta en el Claustro inmediatto a la Capilla y le daran los dos libros para que dellos escoja a su arbitrio*

el titulo, Causa o ditinzⁿ q^o le pareciere de cada uno, uno, y no permittan que llegue persona a pertturbarle ni con quien pueda comunicar el q^o hubiera de elegir p^rq^o lo deve hazer por si mismo».

Ya se ha cubierto todo el ceremonial previo, plagado de detalles, insignificantes muchas veces, que Bernardino Francos nos comunica, no sin mimo, en su manuscrito. Prevenidos ya, grave el gesto, los examinadores. Y allí, apenas contenido el temblequeo por la austera silla, el graduando aguarda las pruebas que, conclusas con un signo u otro, le conducirán a la *puerta de los carros* o a la puerta grande, a la principal ¿Cómo se sabe cuál ha sido el resultado? El recuento de agallos, que los examinantes han depositado en dos vasijas, una dorada y negra la otra, nos lo revelará. «*Y empezaran a bottar segun el orden con q^o recibieron los roeles, y se hara en esta forma. El q^o quisiere aprobar, echara la A en la urna derecha, y la R en la negra, y el q^o reprobare la echara negra en la dorada, y la otra en la negra*», y «*al acabar de votar subira el secrettario por la orza dorada*», procediéndose a ver cuántos aprueban y cuántos no, «*contando los bottos y las personas*». Si fuesen todas aes, aprobado *nemine discrepante*. De no haber unanimidad y sí mayoría, diría el secretario:

aprobado por mayor parte, sin entrar en pormenores de cuántas bolas estaban marcadas con la A y cuántas con la R, extremo que sí era obligado hacer constar en el asiento del grado. De resultar reprobado, lo dicho; portón carretero.

Aún hoy en la Universidad de Salamanca se realizan algunas votaciones utilizando bolas blancas y negras. Las últimas que han trascendido, las efectuadas por el Claustro de Doctores para decidir sobre la concesión del doctorado *honoris causa* a dos relevantes personalidades extranjeras: los ministros de Asuntos Exteriores de la República Federal Alemana, Hans Dietrich Genscher, el 20 de diciembre de 1985, y de la República Italiana, Giulio Andreotti, el 27 de febrero de 1986. Cuarenta y ocho bolas blancas —a favor— frente a nueve negras, dieron el *placet* al canciller alemán, registrándose 145 blancas y 35 negras en el caso del italiano.

No es ésta la única tradición que pervive. Los Oficios de Semana Santa, en el marco de la Capilla Universitaria, siguen teniendo especial relieve; continúan partiendo medievales melodías de las chirimías cuando tiene lugar la investidura de algún nuevo doctor; hay *vitores* recientes; la procesión del Corpus se celebra entre olor a romero. Veamos qué noticia nos proporciona el ma-

nuscrito dieciochesco sobre ésta: «*Si es día apazible se sacan los bancos nuevos cubierttos de terziopelo, y se adornan las paredes de la Universidad como el día de Pasqua y se siembran espadañas y tomillos*».

Permitánsese unos instantes para pergeñar el *vítor* y repasar, verdes aún en el recuerdo las de los profesores Manuel García Pelayo, Rafael Lapesa Melgar y Fernando Lázaro Carreter (17 de enero de 1986), y del ministro alemán de Exteriores, Hans Dietrich Genscher (17 de marzo del mismo año), el ceremonial que la Universidad salmantina sigue en la investidura de doctores *honoris causa*.

De *vitores* topamos con surtido muestrario en los muros del propio Estudio y de los edificios que lo rodean. Rosario son en las paredes del Patio de Escuelas, en la Clerecía; vense en la Catedral, en la calle de Libreros... Y son las letras que forman la palabra dispuestas de tal modo que dibujan una especie de signo de singular trazado y, por ello, fácilmente identificable. El *vítor* fue, en su origen, la expresión gráfica de la alegría que brotaba por haber culminado con bien y en alto peldaño la andadura académica. Condujo, en no pocas ocasiones, a rifirrafes, pendencias y tremolinas, pues de otro modo no se explica que «*para prevenir su intromisión en los vitores*»

se amenazase a los consiliarios «en caso de haberlos intervenido o consentido, con la privación del oficio, y a los estudiantes que alborotasen en esas ocasiones, con la perdida de la matricula y de los cursos que llevasen ganados». Así lo fija García Mercadal en *Estudiantes, sopistas y pícaros*.

El propio José García Mercadal imagina el cortejo que se pasea, la capa de la noche tendida ya sobre la ciudad, en compañía del nuevo doctor o del reciente licenciado, jaleando su fresco título. Antorchas y linternas arrojan sombras sobre las paredes de las casas y el empedrado de las calles. Un voz de quien está obligado, por su oficio, a abandonar el catre en cuanto la luz vuelva a hacerse, pide silencio. Y las voces se tornan atronador abucheo. Cantan y siguen en su marcha. *«De tiempo en tiempo el cortejo se detiene delante de una iglesia, de una casa construida con sillares de piedra; apoyan en su pared una escalera, sube por ella un estudiante y traza una inscripción admirativa con almagre, sangre de vaca y cierto barniz»*. Es el vitor, al que se acompaña el nombre y, a veces, como se ve en las muestras que han llegado hasta nosotros venciendo el paso del tiempo, el título del homenajeado. Pero hete aquí que otro grupo cruza por la calleja vecina. *«Partidarios y contrarios arman*

encarnizada pelea con palos, rodelas y espadas, turbando el sosiego de los que antes escuchaban arrobados las músicas y ahora han de oír, amedrentados, los ayes y las imprecaciones; la guerra se recrudece cuando, al alumbrar el sol el campo de la nocturna retregia, vense manchados de lodo los vitores o rótulos que la noche anterior escribieran los triunfadores».

No siempre acababa el jolgorio como el *rosario de la aurora*. No siempre la sangre del astado, mezclada con el óxido rojo de hierro y el resinoso punto final, llamaba a la sangre del hombre. Aunque tampoco todos los vitores se secaban en paz. Hoy se mantiene la tradición, con la misma connotación de alegría por el éxito alcanzado, ya llegando al rectorado, ya al doctorado, mas sin aquella bullanguera expresión de júbilo. En nuestros días, también esto ha variado, se pinta con rojo sangre de toro en los lienzos interiores de Facultades y Colegios Universitarios. Y, ahora, en casos, sirven para recordar visitas de personalidades ilustres a la Universidad. Vitor tienen los Reyes de España, Juan Carlos I y Sofía, quedando con él mural constancia de su asistencia a la apertura del curso 1976-77.

IOANNES CAROLVS I ET SOPHIA
HISPANIARVM REGES
STVDIORVM INITIIS PRAEFVERE
ANNO DNI MCMLXXVI

Tienen *vítor* los príncipes herederos de Japón, Akihito y Michico (*AKIHITVM ET MICHICKAM / IMPERII JAPONICI / SERENISMOS PRINCIPES / VNIVERSITAS LAETA RECEPIT / 28 FEBRVARI MCMLXXXV*), que visitaron la ciudad y la Universidad el año que consta en la fachada del Servicio Bibliográfico, en la calle de Libreros. Y lo tiene Aristides Royo (*ARISTIDES ROYO / REPUBLICAE PANAMENSIS / PRAESES / VNIVERSITATEM SVAM / VISITAVIT / A.D. MCMLXXIX*). En la Universidad Pontificia, el último que dio trabajo al *vítorero* fue el que conmemora la visita del Papa Juan Pablo II (*IOANNES PAVLVS PAPA II / PRIMVS OMNIVM PONTIFICVM / HANC VNIVERSITATEM / DIE PRIMA NOVEMBRIS / ANNO DOMINI MCMLXXXII / VISITAVIT*). Y ya que dejamos constancia de la estancia del Obispo de Roma en predios tormesinos, no podemos por menos que hacer referencia al pergamino que se depositó bajo una de las piedras del auditorium que lleva su nombre y que inauguró manteniendo en él un encuentro con los teólogos. «*Ioanne Carolo I / Hispaniarum Rege, / Pontificiae Universitatis Salmanticensis / Ioanne Ludovico Acebal Lujan / Rectore Magnifico, / Necnon Deputationes Provincialis / Excellentissimo Praeside / Domino Iosepho Muñoz Martin, / Egregia Deputationis Muniticentia / Opificum Labor Exstruendo*

Auditorio / Summo Pontifici Papae Ioanni Paulo II dicato / Octavo Kalendaris Iulias / Anni Domini MCMLXXII / Initium Sumpsit», es el texto del documento.

Fresca la tintura de los más recientes *vítores*, junto a las indelebles huellas del pasado. Próxima en el recuerdo la investidura como doctores *honoris causa* de los profesores Manuel García Pelayo, Rafael Lapesa Melgar y Fernando Lázaro Carreter, compartiendo ceremonial con actos medievales. Sirvanos como guía.

Diecisiete de enero de 1986. La mañana se cerraba soleada. Pese a ello, fresca. Vencían los efectos de la helada nocturna, paseados por un cortante airecillo que corría por la calle de Libreros. Los doctorandos aguardaban en el aula *Salinas*, de donde pasarían al aula *Francisco de Vitoria*. De pronto, un leve revuelo entre el expectante público: suenan las chirimías. El rector ha dado la señal y el maestro de ceremonias ha golpeado el suelo con su cetro. Heraldos y maceros acompañan. El cortejo, multicolor estampa con pinceladas de birretes y mucetas sobre las negras togas: el rojo lo aporta la Facultad de Derecho; el amarillo, la de Medicina; los azules, la de Filosofía y Letras, en su tono más claro, y la de Ciencias, en el oscuro; Farmacia, el morado, y el blanco, Bellas



Artes. El rector, negro sobre negro. Camino del Paraninfo. Allí, dos golpes en el suelo que da el maestro de ceremonias con su cetro, silencian las chirimías, que volverán a sonar en el momento de los *abrazos*. Ordena el rector, tras abrir el acto y declarar su objeto, que los padrinos vayan a buscar a quienes, en un instante, se convertirán en doctores.

—*Ite, accersitum candidatos.*

Salen los padrinos precedidos del maestro de ceremonias y seguidos de los bedeles. Cuando vuelven, lo hacen acompañados por los graduandos. Es la *presentación*. Estando los padrinos y aspirantes descubiertos, de pie, en medio del estrado, frente al rector, se solicita la venia:

—Rector Magnifice, peto veniam.

—*Do veniam.*

El padrino, los padrinos en este caso, hace el *elogio* de su ahijado, concluso el cual pide el grado de doctor por la Facultad que sea, que el rector concede. Hecha la *concesión*, procede la *investidura*. Se impone a los nuevos doctores la borla, no sólo para que *sobresalga sobre los demás*, sino para que, *como con el yelmo de Minerva esté más protegido para la lucha*; el anillo, ofrecimiento voluntario de sabiduría, *como esposa en perpetua alianza: fac ut tali sponsae te dignum sponsum exhibeas*; se les presenta el libro abierto, para que abra los secretos

de la sabiduría, que cada padrino cierra, a fin de que dichos secretos, según convenga, los guarde el doctor en lo profundo del corazón. Se lo entrega.

—*Do tibi facultatem legendi, intelligendi e interpretandi.*

Y con él le da la facultad de enseñar, comprender e interpretar. El padrino conduce al ahijado al asiento que él ocupó antes. A la *investidura* siguen los *abrazos*, ligazón con el rector, demás miembros de la Junta de Gobierno y con la *Alma Mater* salmanticense. El *juramento*. Juran los doctores guardar, allí donde se encontrasen, los privilegios, derechos y honor de la Universidad; juran prestar favor, ayuda y consejo en las obras de la misma, siempre que fuesen requeridos. La ceremonia da sus siguientes pasos con la *imposición de la medalla*, la *gratulatoria* que el rector pronuncia y los *discursos de gracias* de los nuevos doctores. Al terminar, todos en pie y los doctores del claustro descubiertos, suena el *Gaudeamus Igitur*. La voz del rector:

—*Universitas Studii Salamantini*

—*Vitor!*

Agita el rector la campanilla. Y el maestro de ceremonias, tras dar, como en la llegada, un golpe en el suelo, dice:

—*Satis!*

En el salón de grados, los graduados pasan a ocupar los sillones que

les han correspondido. «*Que usías descansén*», les desea el rector. «*Muchas gracias*», responden ellos. La Universidad obsequia con mazapán y vino dulce. Y con el refrigerio sobre la mesa, me vuela la mente hasta aquellos banquetes y refrescos que los nuevos doctores tenían obligación de ofrecer o la cena de los licenciamientos. Mas, aunque reconozco que es tema que me seduce, como bien saben mis amigos, éste de la gastronomía, hoy es día de ayuno y abstinencia. Además, me andan metiendo prisa y no quisiera, en ambiente universitario como estamos, seguir la marcha sin despedirme del batracio más buscado del orbe.

Perdida entre la filigrana plateresca, cuántos millones de ojos han bailado en sus órbitas intentando dar caza ocular a esa ranita que, impasible, lleva siglos sobre pétreo cráneo. Yo anduve tras ella una tarde cuando, imberbe aún, se me helaban las rodillas a las que no alcanzaba el pantalón paticorto. Acababa de saber que si la encontraba yo solito, sin ayuda de nadie, el aprobado era seguro. Di con ella gracias a que mi cicerone jugaba con el *frío*, *frío* si me apartaba de los dominios del anuro, y el *caliente*, *caliente*, si me acercaba a las tres calaveras. Localizadas éstas a la derecha de la fachada universitaria, la tarea fue fácil.

—¡*Mírala, allí está!*

Aquel año tampoco tuve problemas para sacar el curso, lo que, ahora, achaco más al desgaste de codos sobre la mesa que a las influencias del batracio. No obstante, respetuosos con las tradiciones, la que a la rana atañe, como la hemos contado se proclama ante nuestros visitantes.

Por qué está ahí, encaramada en la calavera más próxima al eje de la maravillosa fachada, no es tema a traer aquí. Lo enigmático de la presencia de la ranita tiene libro propio: el escrito por el profesor Cortés Vázquez bajo el título de *Un enigma salmantino: la rana universitaria*. A él remito a quienes deseen conocer algo más sobre este animalejo que forma parte del bestiario local. Servidor, ante la fachada, ha sido asaltado por un grupo de chavalillos de tez aceitunada que se empeñan en darme su particular explicación.

— *La rana significa tres cosas. La primera, la firma del escultor; la segunda, la lujuria, y la tercera, que quien la veía aprobaba los estudios y se casaba. Uno que estaba casado, pedía un deseo y lo tenía concedido. Esta fachada es de estilo plateresco. Y gótico por dentro...*

La chavalina, trenzas atadas con dos lazos rojos, me soltó la parrafada casi sin darse tregua para tomar aire. Que si los tres cuerpos en que se divide la fachada; que si el me-

dallón de los Reyes Católicos, con incursiones en el griego, aunque a tal velocidad que sus palabras resultan ininteligibles (no así su traducción: «*que quiere decir, traducido al español, los Reyes a la Universidad y la Universidad a los Reyes*»); que si el águila bicéfala; que si «*tanto monta, monta tanto*», lo que le sirve para lanzarse en juego de palabras con los diarios que se editan en Salamanca; que si Martín V... Se vuelve y se lía con el Patio de Escuelas. Y con Fray Luis. Y la Inquisición.

— *Y al volver dijo su frase famosa: «como decíamos ayer. Como decíamos ayer, como si no hubiese pasado nada».*

Prometo solemnemente que soporté el monocrorde monólogo, salpicado de palabras incompletas e incorrectas expresiones, por verme libre cuanto antes de los rapaces. Como era penitencia, quise sacar provecho del flagelo a que estaba sometido y tomé el discurso, censando así una estampa más de esta nuestra Salamanca. Eso sí, periodista como soy, y miembro como fui de la Redacción de uno de los diarios de esta ciudad durante más de dos lustros, le puse a la explicadora chavallilla los puntos sobre las íes, conclusa su retahíla, en lo referente a lo del «*mente tanto, tanto mente...*».

Mi abuela, en caso similar, le hubiera espetado: «*¡No te amola, con*

lo que nos sale la niña!». Su nieto, tocado su orgullo profesional por la injusta alusión, aclaró lo que debía aclarar, y puso rumbo hacia Tentenecio. Si, a la postre nos encaminamos hacia Tentenecio, calle que, según la tradición, debe su nombre a la frase con que San Juan de Sahagún, detuvo a un toro. Corría el astado por la empinada rúa cuando el santo se le plantó gritándole:

—*¡Tente, necio!*

El bravo obedeció y paró. He oído en alguna ocasión que intervino el sahaguntino varón porque el toro a punto estaba de embestir a una mujer que, entoquillado, llevaba a su hijo. También, que los cuernos del morlaco buscaban el tierno cuerpecillo de un chavalín que, ajeno al peligro, se entretenía en jugar junto al portal de su casa. Interviniese el agustino por una causa u otra, el caso es que el toro se detuvo.

Fueron muchos los milagros que obró el hoy patrono de estos lares. Siendo novicio tuvo cargo de refitolero e impidió que una cuba, conocida a partir de entonces como de San Juan, viese mermadas sus duelas y flojos los aros, manteniéndola siempre con vino, no fácil de conseguir por su precio, informa algún historiador. Quizás los dos hechos más conocidos, más popularmente conocidos, sean su decisiva intervención en la

pacificación de los bandos y el milagro del pozo amarillo. Donde éste se produjo hay una lápida. Justo a unos metros del inicio de la calle que lleva por nombre *Pozo Amarillo*. Sirve para poner al corriente o para recordar a todos quienes por allí transitan el milagroso hecho. Y dice que habiendo caído un niño en el pozo que allí había, su madre, angustiada, acudió a Juan de Sahagún que no se encontraba lejos de aquel lugar. Presente el santo ante el pozo, alargó por él su correa. El agua empezó a crecer y llegó a rebosar. El niño, sano y salvo, asomó asido al cuero, «*sin lesión alguna el inocente*». El fraile abandonaría el lugar, protagonizando, al instante, la escena de los peces.

La gente le siguió, «*mas el humilde religioso queriendo desacreditarse del aplauso, llegando al Corrillo de las sardinas cogió una banasta de ellas sobre sus hombros echando a correr con ella por la calle de la Rúa*», amplía Bernardo Dorado, que califica de ridiculez, sí, como lo leen, el gesto del buen Juan. «*Logrando con esta ridiculez —dice— el que le tirasen algunas piedras, y le tubiesen por loco, siguiendole en todo este apuro su compañero Pedro*».

Sobre la lápida antedicha, una hornacina enmarca la imagen del Santo verificando el milagro. La escena, ahora ya más completa,

dotadas las figuras de un mayor movimiento, se repite en un mediorrelieve que se ve en la iglesia dedicada



a la advocación del leonés. Al otro lado de la fachada, la *pacificación de los Bandos*, punto final de una contienda que enfrentó, con graves efectos para la ciudad, a los bandos nobiliarios de Santo Tomé y San Benito. El postrer día del mes nono de 1476 se firmaba el *Ajustamiento de Paz*, «*deseando el bien y paz y sosiego de esta ciudad, e por quitar escandalos, ruydos y peleas e otros malos y dapnos entre nosotros, e por nos ayudar e fazer buenas obras vnos a otros*». En pro de todo ello los Acevedo, Alvaro, Gómez de Anaya,

Maldonado, Arias, Nieto, Arnaldo, De Paz, Díez, etc., «queremos y prometemos de ser todos aquí en adelante buenos amigos y estar y ser todos en vna parentela y verdadera amistad y conformidad y vnion, y nos ayudar los vnos a los otros y los otros a los otros como verdaderos parientes y amigos». La cita la extrajimos de la transcripción paleográfica que del documento de concordia de los bandos hizo Florencio Marcos y que, impresa, se acompaña a la cuidadísima réplica del manuscrito original hecha por el Ayuntamiento de Salamanca.

Hay una plaza en la ciudad, llamada de los Bandos. En ella, cabe la iglesia del Carmen, se levanta la

casa de doña María la Brava, vengadora de la muerte de sus hijos. El suceso fue de los que más conmovió a la ciudad, en plena discordia. Los hijos de doña María Rodríguez de Monroy fueron muertos por los Manzano al término de un partido de pelota. El juego acabó en trifulca. Sin vida los hermanos Monroy, sus agresores huyeron a Portugal. Doña María no cesó en su búsqueda hasta encontrarlos y cobrarles sus vidas. Las cabezas de los Manzano rodaron sobre la tumba de los Monroy.

Telegráficamente contado, eso fue lo que aconteció en uno de los episodios sangrientos que más conmovió a las gentes de esta urbe helmántica.



EN CORRO Y DE CORRERIAS

Andamos, ciertamente, un poco alejados de la calle Tentenecio donde, tras el adiós a la Universidad, nos encontrábamos; pero sabido es que en Salamanca no hay distancias y en un santiamén, en menos que canta un gallo, nos situamos en la *Puerta del Río*, una de las trece que la amurallada ciudad tuvo. Tapiadas la del *Sol* y la *falsa*, en 1799 se podía entrar y salir por once. Seguían en servicio la del *Río* o de Aníbal, por donde se dice que entró en la ciudad el general cartaginés y situada frontera a la cruz de los ajusticiados que mira al Tormes, allí donde muere la calle de Tentenecio; la de San Juan del Alcázar; la de San Lorenzo o de Los Milagros, «*por los muchos que Dios ha hecho por la intercesión de la Virgen, cuya imagen se venera*» y que destacaba sobre el muro; la de San Vicente; la de San Bernardo; la de Villamayor; la de Zamora, que era la más importante; la de Toro; la de Sancti-Spiritus; la de Santo Tomás, y la de San Pablo.

En los alrededores de la puerta de San Bernardo, también conocida por la de San Francisco, se celebraba antaño el acto del *Descendimiento*, una de las peculiaridades de la Semana Santa salmantina. Ahora tiene

lugar en el Patio Chico. En el mediodía del Viernes Santo, al fondo la Catedral Nueva y a la izquierda del espectador la Torre del Gallo, se baja de la cruz la figura articulada de Jesucristo que es depositada en un sepulcro acristalado. Colocado éste sobre las andas, forma parte de la procesión del Santo Entierro que recorre las calles de esta ciudad esa noche. Participan todas las cofradías, como representantes de todas y cada una de ellas están presentes en el *Descendimiento*.

Hay dos personajes que tradicionalmente, y transmitida una especial aversión hacia ellos de generación en generación, atraen la inocente mirada de la grey infantil.

— *Mira, mira hijo, éstos son Culocolorao y Bocarratonera*, es frase nada difícil de escuchar ante la proximidad del paso de la flagelación. Lo componen cuatro imágenes: la de Cristo, atado a la columna; las de esos soldados que, inmisericordes, levantan sus flagelos, y la del esbirro. Este, como sus compañeros, de durísimos rasgos faciales, se toca con felino adorno que, como su boca, parece la entrada al averno; hura no sólo de ratones, sino de sapos y culebras. Por *Bocarratonera* se le conoce. Uno de aquellos se viste con ceñido calzón rojo que, por la postura, se hace especialmente llamativo en sus posaderas. Es *Culocolorao*, pues encarna-

do lo tiene. Más de un chiquillo rodea con sus bracitos el cuello pater-no y aprieta, mientras, de reojo, su asustada mirada reprocha a los *judíos*, como se les llama aunque no lo sean, el martirio.

Una de las procesiones que más me atrae es la del Cristo del Amor y de la Paz. Hay tres momentos de singular emotividad y belleza. Uno, cuando el paso llega a la plaza de Juan XXIII y los costaleros, esfuerzo que repetirán, luego, en otros tramos, tensan los músculos de sus brazos para levantar el pesado paso a pulso; el segundo, la entrada y recorrido por la calle de Libreros: según entra, los focos agigantan la imagen del Crucificado proyectándola sobre los muros de la Clerecía, y luego, silentes todos, impresiona el recogimiento que invade la estrecha calleja universitaria. Para que la retina se impregne de la tercera estampa es preciso llegarse hasta La Merced. Desde allí, la escena que se capta es difícil traducirla a palabras: el paso, de acá para allá, con el suave balanceo que le imprimen sus porteadores; los cofrades, hábito blanco, y el rumor del Tormes rompiendo el silencio de la noche.

La Universidad también celebra la Semana Santa. Jueves y Viernes tienen lugar, en la capilla de San Jerónimo, los *Oficios*. La *misra vespertina de la Cena del Señor*, el jueves,

es ceremonia «*de las más destacadas*» de cuantas se celebran en la capilla universitaria, se subraya en la introducción de *Oficios de Semana Santa*, editado por la Universidad. Siguiendo viejos ceremoniales se sigue convidando a los doctores — ahora, en merienda; desayuno, antes— a chocolate, azucarillo y dulces, aunque el bedel ya no ha de tomar cuidada nota de quiénes comulgan, ni el capellán repartir cédulas de comunión. Si se mantienen el gregoriano y el latín, y la procesión por el claustro. Como se mantiene el privilegio de que los doctores designados examinen el copón en el que se deposita el Cuerpo de Cristo y que se expondrá, en urna transparente, en el Monumento que se instala en la aledaña Casa Rectoral. Los doctores vuelven a examinar el copón el viernes, en el curso de la celebración de la *Pasión*.

El domingo, mientras las campanas enloquecen, se encuentran Jesús Resucitado y su Madre. María y su Hijo se encaminan hacia la Plaza Mayor, tras el vacío sepulcro —la misma urna acristalada a la que nos referíamos en el *Descendimiento*— y entre sonos de gaita y tamboril que parten de los instrumentos que acompañan a los alborozados danzantes, ataviados con festivos hatos de estas tierras.

Conclusa la Semana Santa, que se inicia con la *borriquilla* y sigue, el mismo Domingo de Ramos, con la bajada del Cristo del Perdón hasta la cárcel en procesión recuperada este año tras largo paréntesis, llega la *Feria de Botigueros*, conocida durante algún tiempo por *feria de botijeros* hasta que hace unos años, el entonces cronista de la ciudad, Salvador Llopis, aportó la precisión semántica. De la feria nos queda hoy el recuerdo y como *de Botigueros* se ha bautizado a la semana gastronómica que, organizada por la Asociación de Empresarios de Hostelería y por el Ayuntamiento, se extiende desde el Lunes de Pascua hasta el Domingo de Albillo. Justo al día siguiente es el *Lunes de Aguas*, fiesta, ahora, que lleva a la familia al campo a dar cuenta del típico *hornazo*, y que en sus orígenes anduvo en compañía de mujeres de liviano vivir. De coimas, alcahuetas, celestinas y..., también, de *Padre Putas*. Sí, que *Padre Putas* era el nombre que el vulgo, picarón y deslenguado, daba a quien las Ordenanzas bautizaron *Padre de Mancebía* y a quien eufemísticamente se llamó, otras veces, *Padre Lucas*. El tal Padre, acompañado de *La Lechera* y seguido por cohorte de

varilargos cabezudos —«*padreslucas*» se dice por aquí a las gigantillas— sale de chanza a la calle y asusta a la chiquillería, que grita: «el *Padre Lucas y La Lechera, que venden leche a cuatro perras*», en las ferias septembrinas, por San Juan y cuando lo festivo de la fecha así lo aconseja.

No se sabe, a ciencia cierta, cuándo nace el *Lunes de Aguas*. Girolamo da Sommaia, un estudiante florentino que anduvo por predios helmánticos mientras el siglo XVI daba las últimas boqueadas y el XVII aún balbucía, anotó en su diario: «*Di di passar las aguas*». Escribiólo un 18 de abril de 1605, primer lunes después del de Pascua. Es la más remota cita textual de la celebración del paso de las aguas que ha llegado hasta nosotros.

Sí tenemos noticias de su porqué. Del porqué de su nacimiento. Surge como punto final del alejamiento de las mujeres del partido durante la Cuaresma, tiempo en que estaba vedado el consumo de cualquier tipo de carne, ya de fresquera, ya de fresca. En las *Ordenanzas de la Casa de Mancebía* —para Salamanca se reproducen las de Sevilla, que Felipe II

extiende a toda Castilla— se manda taxativamente que «*en días de Fiesta, Cuaresma, cuatro témporas y vigili-as, no estén las dichas mugeres ganando*». El Padre de Mancebía no debía consentirlo. Y como quien evita la tentación, evita el pecado, tomaba junto a ellas caminito de Tejares. Emprendía la marcha el *Miércoles de Ceniza* para regresar el lunes que sigue al domingo de *Cuasi-modo*. Entonces, fiesta, francachela, vino y empanada preñada de chacina, a orillas del padre Tormes. Los estudiantes —yo no pondría la mano en el fuego en caso de que me preguntasen si ninguno había rondado por lares tejareños—, gozosos, viendo a las meretrices volver en enramadas barcas (se dice que, de ahí, eso de *rameras*), pues llegando en pecado como lo hacían, no podían pasar por el puente entre quienes ya habían cumplido con el precepto pascual.

Los salmantinos salimos, ahora, a los alrededores, al campo, para merendar en familia. No falta, por supuesto, el *hornazo*, bocado típico del día, aunque no, como se cree, exclusivo de estas tierras.

Dejemos Gargabete, la Aldehuela, la Zagalona o Cagalona, y otros

parajes aledaños de hoy o ayer, para volver al casco urbano. Situémonos ahora entre las puertas de Santo Tomás, a espaldas de la iglesia de Santo Tomás Cantuariense, y la de San Pablo. Ahí donde aún se mantiene erguida una porción de la muralla almenada tuvo vida uno de los pozos de la nieve que abastecían a Salamanca. Cuatro existían, según reflejó Angel de Cabo Alonso, catedrático de Geografía de nuestra Universidad, en su discurso de apertura del Curso Académico 1981-82. Ha sido recogido en un librito editado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad. Y en él se lee: «*Y de la Iglesia eran, entre otras propiedades urbanas que también había conseguido juntar, el ochenta y cuatro por ciento de los hornos de pan, las tres cuartas partes de las tenerías, el sesenta por ciento de los mesones y tres de los cuatro pozos de nieve que existían en la ciudad*».

Se refiere a uno de ellos en concreto, cuando el paso del tiempo le conduce hasta la *desamortización* que «*reducía conventos, la Universidad perdía sus bienes, cambiaban continuamente de dueño las tenerías, y la población perdía posibilidades y efectivos*». Refleja la venta

de la finca de *La Moral* y del «pozo de la nieve que fue del convento de Guadalupe, que lo adquirió en 1847 Araujo —gran comprador de bienes desamortizados y propietario de un café en la Plaza Mayor— quien lo vendió a su vez en 1858, y el comprador volvió a desprenderse de él un año después».

Falta por ubicar un par del cuarteto. Me dicen que otro de los pozos estaba tras los muros de las Ursulas y que el último podría haber existido en lo que hoy es la calle de Sánchez Barbero y que ayer se conocía por calle de la Nevería. Mas no he podido hallar, pese a los muchos intentos, referencia documental. En la calle de Nevería debían de estar asentados, obviamente, los neveros. Si acudimos a Madoz en demanda de ayuda, quedaremos como estábamos, ya que lo único que nos dice de esta calle es que en ella existió una de las mejores pastelerías de la ciudad, que sólo tenía parangón con otra que se cobijaba bajo los soportales de la Plaza Mayor. Al menos nos endulza don Pascual el acerbo sabor que nos quedó tras conocer los estériles resultados arrojados por la búsqueda de pruebas escritas.

Teníamos la esperanza de que Francisco Natividad Ruano, en su *Demostración y discurso sobre el fomento de la industria popular en la*

ciudad de Salamanca, con los planes, que manifiestan su estado, cuerpos políticos, Hermandades, fábricas y oficios: surtimientos del Pueblo, y otros cuidados del Regimiento, alumbrase el camino. Mas únicamente nos indica, en uno de los apartados de un cuadro dedicado a los abastos, a los «*abastos y surtimientos sugeridos a posturas*», que «*los empleados en el surtimiento y abastos son 341*», de los que cuatro se dedicaban a la nieve. Y bajo este epígrafe, nieve, ofrece los siguientes datos:

OFICINAS	REALES	ORDENAN.	BECER.
Pozo de uso público	1.200	1.4	305
De particulares			rs.
Casa de Venta			
Vendedores			250
Inventor			500
Caja			600
CONSUMO			
Arrobas		Libras	
5.282		142.050	

Esto es todo lo que, sobre nieve, ofrece Francisco Natividad Ruano que, cuando explica las abreviaturas, aclara que *Becer.* es *Becerro*. A Becerro hemos acudido, pero ha sido paseo en vano. De todos modos

se subraya la existencia de un pozo de uso público y conocemos, tras beber en esta fuente, fresquita por la materia de que trata, el consumo en Salamanca cuando el siglo XVIII había superado ya su ecuador.

Es curioso todo lo relacionado con este negocio frigorífico. Que para eso se utilizaba el helado elemento. De alguna manera había que conservar los alimentos más fácilmente perecederos; de algún modo había que combatir los rigores del verano ¿Y dónde conseguir lo necesario para apaciguar los calores estivales y prolongar la caduca vida de las viandas? Obviamente, allí donde existía: en la Sierra.

La nieve que llegaba a Salamanca procedía de la Sierra de Béjar, desde donde era transportada por caballerías en serones, o en carros, entre paja. José Luis Majada Neila, en ilustradora *Historia de la nieve de Béjar*, habla de los pleitos que el Duque de aquellas tierras y la ciudad mantuvieron acerca de la explotación del albo meteoro, se adentra en el acarreo, nos presenta a intermediarios y traficantes, se acerca a las aduanas, refiere los nombramientos de guardas y juez de la nieve, nos conduce hasta los pozos de hielo y apunta otros muchos datos en relación con este atractivo tema. En la parte de su trabajo en que recoge los textos de los documentos referentes

a la cuestión que nos ocupa hay alusión expresa a las comunidades religiosas que se beneficiaron de la especial atención que el Rey pedía para con ellas. Una, asentada en Salamanca capital: el Real Colegio de la Compañía de Jesús. No obstante sólo constar ésta, entiende el autor que «*sin duda hubo más comunidades*», cuyo beneficio no obra.

Habrà quien se pregunte cómo era posible que la nieve durase hasta el verano. Vean cómo se recogía, según contó a José L. Majada Neila, un vecino de La Garganta, miembro de la familia propietaria de uno de los pozos de aquel término: «*Lo más tarde posible después de las nevadas, pero cuando la nieve no quedaba muy lejos salían los hombres*» hasta ella. «*Se los llamaba boleros porque su trabajo era hacer bolos de nieve, que, helados, pudieran ser transportados por un hombre. En cada bolo hincaban un pelao (leño de roble descortezado) aguzado en una de sus puntas. Así lo dejaban al aire libre durante una noche o dos noches si la helada no era muy fuerte*». Allí, como el pozo estaba cercano, «*el bolo de nieve helada y dura era transportado (...) con ayuda del pelao. Y en el interior del pozo amazacotaban la nieve*» con pisones. Esta operación sería similar en los pozos de Salamanca: medio metro de nieve compacta, capa de paja; nieve,

paja; nieve, paja. Que la paja, a lo que parece, mantiene bien. El pozo, en su mayor parte subterráneo, era de construcción peculiar, por exigencias del uso, al que iba a ser destinado.

Del pozo, a las neverías. Y de allí, a las casas importantes; a los arrieros que transportaban pescado desde el Norte y que, pese al hielo, llegaba en tal estado que precisaba limón; a las botillerías... A cumplir su cometido, en fin, de refresco y conservante. Pero y si, por lo que fuese, la nieve escaseaba. Pues a tapar desagües y a baldear agua en los patios y claustros; como por aquí la estación invernal es dura y abundante en hielos nocturnos, el agua no tardaba en convertirse en cristalina capa que, a la mañana siguiente, era cortada en pedazos y prensada en el pozo. No olvidemos que tres de los cuatro existentes eran seculares. Pozos de nieve hubo también en Alba de Tormes, sobre el que Fernando Jiménez escribió un trabajo publicado en *El Adelanto* hace ocho años y recogido, luego, en el libro *De Salamanca, arte y otras cosas*, y hubo en Ciudad Rodrigo, según documento de 1716 que lo prueba.

Yendo a donde vamos, no está mal que hayamos refrescado en el camino. Y pudiera ser que una vez que finalice la primera visita que hemos de hacer, en ruta hacia la Plaza Mayor, precise el maltrecho cuerpo

bolsas de hielo acá y acullá. Mas, ¿qué es esto, compañero, que el viento arremolina?

— *Entienda, señor escribano, que no es bueno que el hombre sepa de artes mágicas. Que puede el diablo ponerle precio a la enseñanza. Y es Lucifer, libéranos Domine, de los que no reparan en mañas llegada la hora de cobrar sus deudas. Esas morcellas que vuesa merced se sacude del jubón es lo que queda de los escritos de Villena, devorados por las llamas.*

— Y, dime, fiel amigo ¿No estaba por aquí cerca la cueva en que quedó la sombra del Marqués?

— *Eso dicen algunos.*

— ¡Responde, rufián, a lo que te pregunto! ¿Está o no por aquí su lugar?

Como espantado, se tragó el habla. Y aún tardó en recomponerse antes de afirmar que estábamos cerca. Hallábamonos frente a una empinada calle. Echó a correr el mozo, mientras tarfullaba:

— *Recuerde, señor, lo que le pasó al ama del portugués. Que le tembló la tierra bajo sí cuando pasó junto a la boca de la gruta y, además, vio cómo las casas quedaban prendidas, allá en lo alto, a una nube roja.*

Me sobresalta un agudo y persistente timbrazo. Es el despertador,

¡mecachis!, que llama a la brega diaria. Y hoy, coincidencia —obsesión, quizás— me toca lidiar nigromántico morlaco. Que si Salamanca enseñaba aristotélica ética, adentraba a sus huestes estudiantiles en el *Digesto*, les trocaba su vulgar lenguaje en doctos latines, les abría los oídos a la música; les desasnaba, en fin, ganándoles para el Arte, las Matemáticas, los Cánones, la Teología u otras ciencias; si Salamanca les despertaba al saber, de alguien tenía que valerse el diablo para conseguir lacayos. Eligió esta ciudad, *omnium scientiarum princeps, Salmantica doctet*, y, dicen los textos, la sacristía de San Ciprián, para perpetuar el mágico estudio. Qué mejor sitio que éste donde, como rima Juan Ruiz de Alarcón en *La Cueva de Salamanca*,

*la sabia Minerva
hoy tiene el sagrado culto
de que está celosa Atenas.*

El portugués Francisco Botello de Moraes i Vasconcellos, que eligió «para taller de la exacta lima» de sus poemas «la siempre docta, siempre noble i siempre aplaudida Salamanca. Ciudad acreedora a los mayores elogios (...), en cuya fe los clamores de la fama no cesan de advertirnos, pues si en el Tajo son preciosas las arenas, en el Tormes son diluvio las preciosidades», nos descubre que su primer cuidado en esta plaza fue ver «sus nigromantesas

grutas». Le dieron noticia de la de San Ciprián, o San Cebrián, ubicada «no lejos de la Iglesia Mayor, al pie de una colina en la que esta fundado el seminario de Carvajal».

Situado el centro de las artes de Belcebú, queda por saber quién impartía cátedra. Hay quien apunta hacia el sacristán: «Tenia enseñanzas de ciencias ocultas y malélicas». El ama del portugués, que se preocupa por dónde ha andado su pupilo, le previene de la cueva, porque «en ella el demonio es cathedrático». Su salario, un estudiante de cada siete.

«...de siete que entran
los seis vuelven a salir
y el uno dentro se queda»,

asegura Alarcón. Sólo el Marqués de Villena, que anduvo en las aulas universitarias a finales del siglo XIV, con artera treta y la ayuda de una tinaja, logró zafarse de ser estipendio para Lucifer. Claro, que le costó la sombra. «Mas padecía el pobre marqués el trabaxo de no tener sombra desde aquel tiempo, cosa que hace estremecer las carnes» ¿Y cómo era el modo de enseñar en aquella boca del infierno? «También es endemoniado», informa el ama del luso, «pues sobre una silla infernal que tienen allá dentro, solo se ve un brazo que parece de hombre, el qual habla i se menea sin cessar; i assi explica todas las hechicerías». Hechicerías que, luego, los discípulos pon-

drían en práctica. Se adjudica, en el relato de nuestro ibérico vecino, un buen número de increíbles hechos a los aprendices del diabólico, arte. Como el de aquel estudiante que, habiéndole requisado los guardias una bota de vino, levantó las aguas del Tormes; y no sólo las aguas, sino lavanderas y todo, manteniéndolas en el aire. Los guardias, viendo el fondo sin líquido y lleno de peces, pensaron pescar sin caña, redes, nasas ni nada por el estilo. Tan fácil era, que la mano bastaba. Pero cuando se hallaban en plena recolección piscícola, el perverso y vengativo joven dejó caer el agua en tromba. No contento con el estropicio, quitó un ojo del puente y se lo puso a una lavandera tuerta. Menos mal que, a petición de unas mozas del Arrabal, devolvió el romano arco a su sitio. Y no a costa de menguar nuevamente la visión de aquella que ya brincaba por haberla recuperado totalmente.

Me han llamado especialmente la atención las líneas que dedica a la gallina desplumada y me han estremecido las que tienen al peregrino por introductor. El primer relato lo narra el ama: *«Entró acaso una gallina en una breve rotura de lo tapiado; i empezó luego a quejarse terriblemente. Considere V. que dolores padecería el inocente animalito, i qual estaría su corazón viendose en*

poder de aquellos sayones! Oyó sus quejas la muger que la buscaba; i la encomendó al primer día de Noviembre; quiero decir a todos los Santos. Salió la gallina; pero sin pluma, ni señal de haberla tenido; mas pelada y lisa que sus mismos huevos. Galantearonla, como a animal de su especie, algunos perros Chinos, que ella invió a espulgar un galgo. Solo se rindió a las caricias de un gallo de Moron, que por no sé que suceso era tambien calvo universalmente. El qual desvanecido con sus favores cacareó mucho, i de aqui viene el apodo con que decimos: Quedó cacareando, i sin pluma, como el gallo de Moron».

Lo del peregrino pone los pelos de punta. Bueno, más que lo del peregrino, lo de la hija de aquella mujer que, utilizando sus mismas mañas, entró en la cueva, donde quedó atrapada. Tras los rezos de la madre, aparece.

—¿...Qué es esto?

Sale de la gruta convertida en culebra, *«i solo con la cara de gente»*. El amor maternal hace que, pese a tan desagradable espectáculo, la suya se acerque a besarla; mas la sierpe *«se enroscó a la madre; i maltratandola a bocados y latigazos, la arrancó la lengua, la nariz, i las orejas, i la cortó las manos, i los pies. Averiguose que hizo esto porque a*

Diabla Sucuba que estaba preñada de un mastin, se la antojó pepitoria humana».

Y hay más, muchos más. Como aquel de los estudiantes que sacaron a los niños de los vientres de sus madres y sólo los devolvieron cuando empezaron a sonar los reales; o el de la mula que cayó en un pozo cercano al boquerón del diablo y fue a parar a Navarredonda, regresando río abajo, «medio muerta». Enmudecieron los peces, «i el pozo de la nieve se quedó elado». Hago esta última cita por la referencia expresa al tal pozo. Podría seguir con otras historias de semejante jaez, pero es mi deseo no detenerme por más tiempo en cuentos sobre nigromancias, quimancias, aeromancias, hidromancias, piromancias y demás oscuras ciencias. Eso sí, quiero, antes del adiós, ceder la palabra a un catedrático de Prima de Humanidades. Que hable Juan de Dios, quien contestaba de aqueste modo a las preguntas del reverendo Feijoo:

«En quanto a la Cueva de San Cyprian lo que se sabe de cierto es, que donde oy existe la Cruz de piedra frente de el Seminario de Carbajal fue la antigua parroquial de San Cyprian, cuya sacristia era subterranea, y se bajaba a ella por unos veinte y dos pasos. Era bastante capaz y con algunas divisiones». Al sacristán se le adjudica cátedra. Prosigue, hablan-

do de dineros: «Sucedió que unos pagaban y otros no: vino en este tiempo a estudiar con ellos don Enrique, y como una vez en el sorteo le baraxasen la suerte pagó esta vez por todos, pero a la siguiente haciendole la misma trampa, permitió quedarse preso con intención de burlarse del maestro, lo que pasó de esta suerte:

En el aposento destinado para carcel a un rincon suyo havia una tinaja endida, por cuyo motivo no servia; encima de la tapadera estaban unos trastos viejos de la Sacristia, metiose don Enrique en ella, y con astucia y maña dispuso, que quedase la tapadera con dichos trastos como estaba, vino a la sazón el criado con un amigo, y el sacristan con luz, y llaves de la carcel con la cena; abrieron el aposento y no le viendo quedaron suspensos no discurriendo el como, ni el por donde pudiese haver salido, solo vieron encima de la mesa unos libros de Magia abiertos que el de industria assi havia dexado y sin mas reflexion no dudaron, que los havia puesto en practica para conseguir su libertad en cuyo supuesto salieron sin cerrar el aposento». Don Enrique aguardó a que durmiesen, abandonando entonces su escondrijo. Guardóse tras unas cortinas del altar del Cristo y, a la mañana siguiente, abiertas las puertas de la iglesia por el monaguillo, puso pies en polvorosa.

Si nos hacemos caso del portugués Botello de Moraes, no era la de San Ciprián la única escuela de magia existente, aunque sí todas cedían ante ella, «*la Archicueva de los Nigromantes*». El anotó la que había visto en las peñas que «*no lexos del colegio del Rei dominan el Tormes; i se llama la Cueva de la Madre Celestina*»; supo de otra en la Peña de Hierro, enfrente del camino de Tejarres; la curiosidad le acercó hasta la Peña Pobre y, hecha proposición de «*escribir una exacta y verdadera historia de dichas cuevas*» no dejó de llegarse a «*otras de menor estruendo, si bien ninguna desacreditada*». Escribió el libro que, impreso en Salamanca en 1737, hemos tenido ocasión de meldar en la Biblioteca Universitaria. Y a fe que jamás nos arrepentiremos de habernos topado en su día con esta *Historia de las Cuevas de Salamanca*. Por quimérica que sea.

Cuesta de Carvajal, hasta otra. Que allí, cruzando la ajardinada plaza y girando a la izquierda, antes de atravesar el puentecillo que lleva a San Esteban, tengo cita en las Dueñas. Si hubiese embarcado al lector que me sigue en empresa diferente a la que me tiene desde hace un tiempo atado a la tecla, habría entrado en el convento e iglesia de los padres Dominicos, de visita obligada en una gira turística por la ciudad.

No obstante aquí sólo reseñare que de sus tres claustros, uno, el que lleva el nombre del descubridor, es en el que maduraba Colón su idea de llegar a las Indias por donde nadie lo había hecho, cuyo ensolado tiene una peculiar nota: aquellos que parecen guijarros blancos entre la oscura pizarra, no son tales, sino tibias de vacuna res.

Ya me gustaría, ya, quedarme entre estas paredes por más tiempo, pero me aguardan, enfrente, en Santa María de las Dueñas. Al fin y al cabo de casa dominica salgo para entrar en casa dominica.

Se extasia uno en este claustro, joya del renacimiento español. Hoy, de todos modos, acapara mi atención una negra lápida que destaca, allí, sobre el blanco lienzo que pone fondo a la arcada zurda de la parte baja. «*Sor Teresa Chikaba. Hija del Rey de la Mina Baxa del Oro de Guinea. 1676-1748*», reza en el ángulo inferior derecho de la oscura lancha. Bajo ella, en una arqueta que se depositó en el hueco abierto a tal fin, reposan los restos de una princesa africana que murió en olor de santidad, aquí en nuestra ciudad. De *La Negrita*. De Tshikaba. De Sor Teresa Juliana de Santo Domingo, a quien, tradicionalmente, han sido encomendados por sus madres los niños herniados. En el convento me comentan que puede ello obedecer

a que *La Negrita*, que falleció a los setenta y dos años de edad, padeció una hernia a consecuencia de una patada recibida. Y añade la priora que son muchas las personas que hoy se acercan hasta las Dueñas pidiendo la intercesión de sor Teresa y en demanda de reliquias.

Tshikaba nació en Guinea. Concretamente en la Mina Baja del Oro, de donde su padre era rey. Adoraba su pueblo al *Lucero de la Mañana*. La niña, que se preguntaba constantemente por quién estaba detrás de cada ser de la creación, no dejaba de interrogar a sus mayores por el ser superior que había colgado allí aquella estrella. Gustaba de la Naturaleza y, en cierta ocasión, recoge el padre Paniagua en el compendio de su vida y nos acercan los folletos escritos por fray Paulino Alvarez y sor María Eugenia Maeso, junto a una fuentequilla se le apareció una blanca Señora que, en sus brazos, sostenía a un Niño, también blanco.

Tshikaba fue hecha cautiva por un barco español y presentada ante el rey Carlos II, quien encomendó su educación y cuidado al marqués de Mancera. Tras no pocas vicisitudes y sufrimientos llega al salmantino convento de la Penitencia, de las madres Dominicas, tras haber sido rechazada, por el color de su piel, en otras congregaciones. «*¿Una negra en mi convento? No, en mis días.*

No está fundada esta casa para negras», espetó una religiosa de noble estirpe cuando se habló de que ingresase en el convento albense de Santa Isabel. Y aunque se la admitiera en la Penitencia, en un principio fue como *terciaria*, por indicación del entonces obispo de la diócesis, Francisco Calderón de la Barca. No obstante, ocho meses después —en junio de 1704—, la princesa negra profesaba, añadiendo al nombre de Teresa, con el que había sido bautizada camino de España, el de Juliana de Santo Domingo. Fueron muchos sus sacrificios y entera su entrega a Dios. «*A muchos enfermos curó instantaneamente con sólo poner saliva en el dedo y tocarlos. Si por esto le daban gracias, contestaba que era San Vicente Ferrer quien los curaba*», recoge el padre Alvarez. «*Según el testimonio de los que se hallaron presentes en sus últimos momentos, a la hora de partir de este mundo su carne se transfiguró y quedó blanca*», hecho que fue constatado, inclusive, por el médico que la atendió en su enfermedad, «*y el padre Paniagua lo narra en la biografía*», hace saber sor María Eugenia Maeso.

Murió *La Negrita* en el convento de la Penitencia, que sería destruido cuando la *francesada*. Entonces sus restos fueron trasladados a las Dueñas, quedando sepultados bajo la lápida número uno del cementerio conventual, en el claustro.

El 6 de julio de 1961, a las ocho de la tarde se procedió a abrir la citada tumba. «Y se encontraron —dice el acta de traslación— restos, muy deteriorados, de una caja de madera que, al parecer, estuvo forrada de tejido, y adheridos a estos restos, o dispersos en la tierra, huesos que fueron examinados y clasificados convenientemente por el Dr. D. Antonio Hernández Alcántara. También se hallaron restos de los zapatos y algunas cuentas del rosario».

Los huesos que se encontraron resultaron ser: «el cráneo, la mandíbula, dos clavículas, bastantes vértebras y costillas, un trozo de omóplato, un trozo de pelvis, los dos fémures, las dos tibias y los dos peronés, un húmero y huesecillos de manos y pies. Aparecieron también otros trozos de huesos difícilmente identificables por su estado de deterioro». Se colocaron en una arqueta —quedaron sueltos en su interior los que su autenticidad no ofrecía dudas y dentro de una bolsa de plástico los demás, «de autenticidad dudosa, o de identificación imposible»— que, cerrada, se depositó en el hueco abierto en la pared. La ceremonia concluyó a las diez y media de la noche. Sobre el nicho, la losa en la que se lee: «Sor Teresa Chikaba. Hija del Rey de la Mina Baxa del Oro de Guinea. 1676-1748». La princesa negra. La Negrita.

Y si a ella se le han encomendado a los peques herniados, en particular, y aquejados de otros males, en general, así como a ella han acudido personas de éste y otros lugares solicitando su intercesión, ante la imagen de la Virgen de la Misericordia que se venera en la parroquial de Sancti Spiritus hay veces en las que se puede observar esta escena: una madre ofreciendo a su hijo a la Madre de Dios.

Existía también en Sancti Spiritus una imagen de Santa Ana. Singular, al tener cogida a la Virgen y ésta, a su vez, al Niño. Estuvo allí hasta que fue trasladada, no hace demasiado tiempo, al Museo Diocesano. La citada talla está censada por Gómez Moreno en su *Catálogo Monumental* y a ella alude Castillo de Lucas en el libro que lleva por título *Folkmedicina*. Bajo el epígrafe de embarazo escribe: «Santa Ana. 26 de Julio. Fue Madre de la Virgen ya en avanzada edad. En la Catedral de Toledo y en Iglesia de Sancti Spiritus de Salamanca, venéranse unas curiosísimas imágenes de Santa Ana "matercia", que equivale a Santa Ana abuela materna, y presenta a la Santa con la Virgen en las rodillas, y ésta, a su vez, con el Niño Jesús». No cita, sin embargo, otra Santa Ana similar que tiene altar en La Alberca. Su retablo, asegura el padre Hoyos en *La Alberca, monumento nacional*, lo hizo a

sus expensas el inquisidor Manuel Sánchez Velasco. Subraya el dominio la particularidad de estar la Santa «con la Santísima Virgen y ésta con el Niño Jesús». Y también recoge esa voz tradicional que quedó en el respaldo de la cruz de un Santísimo Cristo: «I.H.S. En el año 1655, a seis de septiembre, entre las tres y las cinco de la tarde, y el día siguiente por la mañana, sudó el Santo Cristo en este lugar de La Alberca». Sudó sangre defienden, orgullosos, los albercanos.

No es de extrañar que en la iglesia de Sancti Spíritus hubiese una imagen de Santa Ana, pues allí moraron las mujeres que llevaban ese nombre. Primero se «*retiraban las señoras mugeres de los cavalleros de aquel tiempo, quando iban a la guerra a encomendarse a Dios y pedirle por el buen suceso de ella*», a la ermita del Santísimo Cristo de Santa Ana, donde permanecían «*dadas a todo genero de virtud y oracion*» las beatas, también del mismo nombre. Fue en tiempo del obispo don Gonzalo cuando las *Mujeres de Santa Ana*, que llegaron a tener *jurisdicción de horca y cuchillo* en la villa de La Zarza y a portar en su hábito la cruz de Santiago, se trasladaron a la parroquial de Sancti Spíritus. Se las recuerda, en nuestros días, en la novena al Cristo de los Milagros: «*Oh piadosísimo Señor, os suplico que así como socorristeis (en el hospicio de*

Santa Ana) a aquellas tristes y desconsoladas esposas que, bajo vuestra protección perseveraban en fervorosa oración ante vuestra divina presencia, mientras sus esposos peleaban por vuestro santo nombre, y por cuyas súplicas alcanzaron tantas victorias, no por su valor, sino a vuestro auxilio...».

Mas, volviendo a la compañía de la Santa Ana *matercia*, ¿por qué la sitúa Castillo de Lucas bajo el epígrafe de embarazo? ¿Tal vez porque las mujeres de buena esperanza acudían a ella implorando un feliz parto? ¿Quizás, habida cuenta de la avanzada edad en que Santa Ana dio a luz, pidiendo descendencia aquellas que no la tenían? ¡*Chi lo sa!* Por si arroja algo de luz, apuntemos que en la zona de Granadilla, próximo el momento de la venida al mundo del nuevo ser, a la parturienta se le cosía a la camisa un papel con oraciones en las que se invocaba a la Santa madre de la Virgen. José María Domínguez Moreno, en un reciente trabajo publicado en la *Revista de folklore* que edita la Caja de Ahorros Popular de Valladolid, dice haber tenido entre sus manos «*una hoja amarillenta y desgastada por el uso, utilizada en más de un parto, que contenía esta pequeña jaculatoria escrita a mano*»:

*Santana pario a la Birgen
y la birgen pario a Dio.*

*Santana y la Birgin
los parieron sin dolor.
En el nombre del Padre
y del Hijo y de Espíritu
Santo, amén».*

Justo enfrente del retablo de la iglesia de Sancti Spiritus, franqueada la puerta acristalada que separa una nave de la otra y bajo un maravilloso artesonado, el Cristo de los Milagros preside su capilla. Recoleta, silenciosa, con permanente olor a cera e incienso. Razón no le faltaba a V. L. para, en periodístico artículo, afirmar que es «el más venerado de la comarca». Al Cristo de los Milagros acuden los salmantinos con especial devoción. Su novena, en cuya oración diaria se recuerda, reflejado queda, a las *Mujeres de Santa Ana*, concluye, desde la reforma del calendario litúrgico, el domingo de la Ascensión, mientras que durante los cinco martes del tiempo de Cuaresma se celebra un *quinario* que se cierra con el descendimiento de la imagen y el *besapiés*.

La presencia de los salmantinos ante este Cristo que posee más de un centenar de mantos, procedentes de donaciones y agradecimientos, no se reduce al tiempo de celebración de estos actos litúrgicos concretos. Siempre hay alguien, de rodillas y en estado de sumo recogimiento, agradeciendo al milagroso Cristo el don

concedido o implorando su ayuda. O, simplemente, orando.

No pocas veces se le ha pedido agua que hiciese germinar la simiente. «*Nos concedáis agua abundante que fertilice nuestros campos y multiplique sus frutos hasta llegar a su perfecta madurez, aunque por nuestros pecados y poca enmienda nuestra no lo merezcamos*», es una de las preces. ¡Cuántos Cremos se habrán rezado ante la imagen! «*La devoción tradicional* —escribía el citado V. L.— *consiste en rezar los Cremos, empezando por uno e incorporando otro más cada jornada, hasta completar los del mes. Después comienza el descenso, verificando la operación inversa. Y en los atardeceres salmantinos, una vez cerrada la capilla, cuando la luz agoniza en solemne chorro aurífero, se congregan ante la reja devotas de todas clases sociales*». La fotografía que sirve para ilustrar el trabajo, recogido en *Salamanca y su costumbres*, plasma la última escena narrada. Una mujer, asida a los barrotes de la ventana por la que se ve la imagen del Cristo; otra, con el novenario en la mano. Esta, pañuelo negro, negra toquilla y sayas hasta los pies, arrodillada en el bordillo. Todas, orantes.

Treinta y ocho años tiene la estampa. No es menester retroceder tal trecho en el tiempo para encontrarse larga fila de fieles que acuden al

besapiés de Jesús Rescatado. Tiene lugar el primer viernes del mes de marzo, cada año, en la iglesia de San Pablo, donde se venera a ese Jesucristo que viste morada túnica y cuya faz refleja un tremendo afligimiento. Hombres, mujeres, niños, aguardan pacientemente —durante horas, a veces— su turno para acercarse hasta la camarilla y besar los pies al Nazareno. Siempre he oído decir que se solicitan tres gracias, una de las cuales es concedida.

Tampoco es preciso volver en el tiempo más de un año para que uno se tope con la última referencia de la romería de la Virgen de la Salud. Ese día —un domingo después de Pentecostés— por miles se desplazan los salmantinos, muchos a pie como lo han hecho durante la novena, hasta Tejares, antes pueblo de la provincia y barrio capitalino ahora, donde se levanta la iglesia dedicada a la Virgen de la Salud. En sus paredes, hasta la remodelación, los ex-votos de quienes se habían visto favorecidos. En el atrio, la muchedumbre que espera poder entrar al templo. En los alrededores, la cuna del Lazarillo de Tormes hecha una fiesta, vendedores de almendras que han mudado su dura cáscara por dulzona camisa y alfareros que pregonan su mercancía. Lo tradicional, lo de siempre, junto al mecánico tiovivo, al azúcar hecho algodón, a los

puestos de baratijas y churrerías. Reina una alegría primaveral. Y, próximo el estío, hay que proveerse de botijo que haga agua fresca. Regresan los romeros con la panzuda vasija barroca en la mano. A veces, son cinco o seis los pitochos. Sólo uno será surtidor. Así que como el bebedor, novato con la pieza o apremiado por la sequedad del gazañate, no acierte a la primera, se cala.

Ahora ya no se ve por las rúas salmantinas a la santera llevando de casa en casa al *Niño de la Salud*. La inmortalizó, en papel sepia, aquel fotógrafo que la hizo posar, pañuelo a la cabeza, mandilón sobre su falda, el Niño en brazos, ante un fondo de la Plaza Mayor ajardinada. En el *Novelty* cuelga una copia. Frente a ella, no sé por qué, me viene a la mente la estampa de Romana, *La Merenguera*. Y con ella, como cuentas de rosario, reverdece la imagen de aquella mujer que cada domingo me hacía bajar los escalones de dos en dos al grito de «¡*Patatita americana!*». A la rica *patatita americana*, cuya fórmula guardaba bajo siete llaves. También, la peculiar pincelada que las paveras ponían en la Plaza del Ángel, la Navidad en puertas; o el tipismo de las turroneas serranas bajo los soportales de San Antonio. Se enredan los recuerdos y al tirar de ese que asoma, como punta de ovillo, salen los demás.

El porqué de aquella costumbre de llevar al Niño de casa en casa y el porqué de su relación con la transformesina Virgen de la Salud, cuando aquella imagen nunca formó grupo escultórico con ésta, son cuestiones que José Santos Redondo, párroco de Tejares en 1928, abordó en su día. *«Hace casi dos centurias que la devoción, siempre intensa, de Salamanca a la Santísima Virgen de la Salud, de Tejares, no podía calmar el fervor religioso, si bien por el frío del invierno, o ya por los calores estivales, se veían sus devotos obligados a pasar estos tiempos sin poder visitarla. Y de aquí nació la idea, según la tradición, de que la comunicación con su querida Madre se estableciese a diario por medio de su Hijo, divino huésped que ha sabido congeñar, lo mismo con los ricos cuyas espléndidas moradas le ofrecen las mejores comodidades, que con los pobres, compartiendo con ellos los mezquinos sueldos de sus salarios»*, escribía el preste.

Sin distingos, hoy en esta casa; en aquélla, mañana. La santera, cualquiera de las cinco que tuvo, lo llevaba de familia en familia. Y mientras cubría la distancia entre este portal del que salía y aquel otro en que aguardaban, no era extraño que alguien se acercase para besar los pies del Niño y entregar su óbolo a la cuidadora. *«Y lo visten y lo*

calzan ¿No le veis qué variedad de ricos trajes...?». No le faltaban atuendos con que cubrirse, al uso, eso sí, del barrio que le acogiese.

Cortamos la postrer uva de este racimo de tradiciones religiosas, el anteúltimo de la cepa que hoy nos ha tocado vendimiar, con sucinta referencia a la ofrenda de San Boal. Los aires primaverales, con Natura entera en eclosión, rodeaban este anual acto de acción de gracias. Los salmantinos también acudían cuando los cielos tacañeaban el agua, mas la manda en cuestión no tenía que ver con la mayor o menor generosidad de las nubes, sino con la temible peste *bubonera*. Con la epidemia que, en concreto, sufrieran estos pagos en 1431 y que tantos estragos causase. Un salmantino residente en la ciudad francesa de Poitiers de la que San Boal o Baudelio es patrono *«le pidió su intercesión»*, revelan Manuel Barco López y Ramón Girón en la *Historia de Salamanca que escribió D. Bernardo Dorado, corregida, aumentada y continuada* hasta sus días, los de 1863, por ellos. *«Y en reconocimiento a los beneficios que por tal intercesión se recibieron se edificó luego esta iglesia, a la cual va la rogativa todos los años el 20 de mayo»*. Hasta el siglo pasado el Concejo, cumpliendo su voto, acudía, acompañado por el Cabildo, hasta el templo dedicado a San Boal. Uno

de sus sacristanes, por cierto, es protagonista de esa leyenda que cuenta que la marquesa de Almarza resucitó cuando aquél, tras encaramarse al catafalco, intentó despojarla de la brillante sortija que lucía. La fricción en el dedo, o el violento tirón, hizo que a quien todos lloraban se incorporase, entre gritos de milagro, gestos de pavor, algún que otro soponcio y el casi estontonamiento del avaro cetre que, aterrado, vio sus huesos por tierra.

Es el de mayo, florido y hermoso, mes de romeros. En junio, solsticio de verano por medio, el fuego purificador se adueña de la noche de San Juan. Danzas en torno a la hoguera,

donde, rey el chisporroteo, el apero inútil deja de ser lo que es para empezar a ser ceniza. El doce, Sahagún, tocayo del Bautista, Salamanca habrá honrado a su patrón. Sólo resta que el calendario engulla a julio y agosto, bajo agobiantes calores, para que la gaita y el tamboril vuelvan a poner sus notas festivas por estas calles, porque setiembre, desde que Enrique IV, en el año de gracia de 1467, concediese a nuestra ciudad feria franca, es mes para la zambra y la alegría; para el corre-calles, la vuelta en el tiovivo y el aplauso en el coso; para la cucaña, el teatro, la revista y la verbena; para la chanfaina, el picadillo teja-reño y el chocho típico. Es mes, en



fin, para la algazara y la diversión. Es mes de fiesta.

De una fiesta que prende su mecha el día ocho y concluye el veintuno, San Mateo. Cuando el día de la Virgen de la Vega la Corporación Municipal procesiona hasta la Catedral Vieja para ponerse a los pies de la patrona de la ciudad, ya está cansada la *Mariseca* de ondear en la espadaña de la Plaza Mayor.

El primer aviso de que la feria está vecina lo da, cada año, la *Mariseca*, mástil tosco, bandera rojigualda y negro toro pregonero, antes, de las fechas de corrida y, ahora, del alfa y el omega de la fiesta, que se encarama cada quince de agosto en puntual cita para presidir esa joya churrigueresca que es la Plaza Mayor. Hoy la *Mariseca* vocea la proximidad y celebración de la feria, en la extensa acepción del término, y de la feria taurina en particular, cometido que tiene desde su nacimiento. Ya era pregonera de fastos taurinos en el siglo XV, según dato que aportan las Ordenanzas de la ciudad en la recopilación de 1619. Se recoge en ellas el mandato de dar un toro —*otro toro*— «*al que tuviese las medidas y cuidado de poner la mariseca y de pintarla*», disposición que emana en 1455 y de constante referencia, referencia obligada, en todos los trabajos que sobre tradición tan salmantina han versado.

Su relación con el toro no admite dudas. Lo que no está claro es el origen de su denominación ni la fecha de su alumbramiento; la noticia de 1455 sirve para saber que ya se ponía y se pintaba la *Mariseca*. Como los datos que aporta Antonio García Boiza nos ayudan a encontrar su primera alusión en las actas del Concejo y a establecer que había sorteo, no tanto entre los bandos, sino entre sus integrantes. Así, en 1735 «*tocó la suerte de la Mariseca por el bando de San Benito, al señor D. José Manuel de Villena*», y uno más tarde, «*tocó la suerte de la Mariseca por el bando de San Martín al señor D. Joseph de Coca*».

Enseña taurina como era, se la menciona, faltaría más, en el manuscrito del siglo XVIII que recoge el *Ceremonial* universitario. No podía ser de otra manera, habida cuenta de que la investidura de doctores con pompa —que se suprimía en tiempos de luto— exigía, como uno de sus actos, la celebración de una corrida de toros. Los libros de grados están salpicados de alusiones. Mas, ciñámonos al legado de Bernardino Francos y, en concreto, al párrafo en que hace referencia a la «*precursora de anunciadas fiestas*», como la llamaría Villar y Macías. Francos dejó escrito de su puño y letra que «*es de la obligzⁿ de los Com^{os} de toros dar ordⁿ a el maestro de Zerm^s luego*

que se haia pedido a la ziuudad por los graduandos la Plaza para la corrida q^e prebenga se ponga la Mariseca, al tiempo acostumbrado, q^e se zierre la Plaza, q^e se eche Arena, y se haga todo lo que en semejantes funziones estila la Ziuudad, y se ponen las Armas de la Universidad en la parte superior y en la inferior la de los graduandos en la mariseca».

Hoy ondea en la Plaza. Ayer, en ese ayer tan lejano en el que ni tan siquiera se habían trazado los planos del ágora, era colocada en el rollo que se alzaba en la plaza de San Martín. Luego pasó al Pabellón Real; ahora, corona la espadaña del Ayuntamiento. Ayer se izaba, en medio del repiqueteo de chilejas, en víspera inmediata de la fiesta taurina; después, el 25 de julio, Santiago, o el 15 de agosto, Asunción de Nuestra Señora, dependiendo de la rapidez con que se hubiesen confeccionado los carteles; ahora, desde 1960, el agosteoño día de la Virgen es cuando, asaltado el reloj de la Casa Consistorial por el mediodía, sube la enseña a los tejados. A lo más alto. Que, como se ve, siempre ocupó lugar de privilegio.

Su larga historia no está ayuna de hechos luctuosos. Y no nos referimos a aquellos producidos en el enfrentamiento hombre-animal, sino a las muertes directamente causadas por la *Mariseca*. Cuando, en 1806 un

albañil del barrio de San Román, apodado *Mariseca*, pretendía asentar en su descollante emplazamiento a aquella que, seguro, le había dado mote, cayó y finó. La segunda víctima con que cargaba, pues, en 1669, se desplomó desde el rollo de San Martín acabando con la vida del infeliz que, en aquel instante, se encontraba debajo.

Son éstos los dos accidentes con resultado de muerte que los historiadores salmantinos prenden a la enseña. Algunos, como Manuel Barco López y Ramón Girón, que, como páginas atrás indicado queda, corrigieron, aumentaron y continuaron hasta sus días la *Historia de Salamanca* escrita por Bernardo Dorado, quieren ver en el apodo del albañil que cayó desde el Pabellón Real el origen de la denominación de esta vocera de taurinas jornadas, sin tener presente que en el siglo XV ya aparece como *Mariseca*. Uno cree que más bien sería el operario quien recibiría el sobrenombre por su relación con la bandera. Villar y Macías defiende que «*en lo antiguo tendría forma de ridículo maniquí*», teoría que encuentra otro seguidor en García Boiza, que entiende que «*bien pudiera ser así*» añadiendo, no obstante, que «*el nombre de María en composición tanto para mujeres como para campanas, es frecuente en el castellano antiguo*». Y cita: *Maricastaña*,

Maripacha, Marimenga. De regreso a su primera hipótesis, precisa que «*veletas de figurones ridículos son también frecuentes en la Edad Media y comienzos del siglo XVI*». El que fuera Cronista de la Ciudad, Salvador Llopis, defiende que «*en el siglo XVIII existe una campana llamada Mariseca. Esta campana, según un texto de la época, da a entender que es la campana de una parroquia, y que muy probable sea de San Martín. A la voz de Mariseca, se decía entonces, no había pecho en Salamanca tan empedernido y rebelde que no se hiciese batiburrillo*».

Estandarte, maniquí, castillete o campana, antaño, hoy es bandera rojigualda prendida de alto mástil que un toro corona. Fue regalada por todos, por ser llave de fiesta. Tronaban los cohetes —de los de artificio llegó a escribir Diego de Torres Villarroel «*que más aún que lla Mariseca / Lla pingorrota levanta*»— y la banda colgaba los sones de un pasodoble en el aire. Sigue, erguida, cada setiembre, anunciando que ya queda menos para el jolgorio ferial y para que el coso de *La Glorieta* hierva entre ¡Olés!, como premio a esa faena que levanta a la afición de su sentajo. Llor a la *Mariseca*, salmantina enseña precursora de festeras y taurinas fechas. Merced a ella, como la que la rima decimal salida

de la pluma del licenciado don Bernardo de Vargas Salmanticense, proclama. Pese a resistirme en un principio, no puedo por menos —he sido vencido, lo reconozco— que, antes de dar paso al verso, transcribir la parratada que a la oriflama dedica:

«*Si yo escribiera sólo para los salmantinos, poco tendría que hacer en la relación de este día*»; el que se corrieron toros para celebrar la proclamación de Fernando VI. «*Con esta sola expresión, "hubo toros", había ponderado cuanto es imaginable el festejo... La segunda cosa que tenemos que insinuar es haber mandado los Números hacer a su costa un Estandarte de moderada estatura, en el que se pintaron las armas de nuestro Rey, para llamar a la función de Toros y le fijaron sobre uno de los corredores de ese nuevo engreimiento del arte*», de tal trata a la Plaza Mayor, «*donde coloca el Ayuntamiento el suyo en semejantes ocasiones y con el mismo fin. Este estandarte se llama, con perdón de ustedes*», ¿de qué ha de ser perdonado?, me pregunto, «*la Mariseca, y aunque no se ha podido averiguar el origen de este apelativo, se cree piadosamente encierra un gran misterio. Y lo que no se puede dudar es que a esta voz Mariseca, no hay pecho en Salamanca, tan empedernido y rebelde no se haga un batiburrillo. Tal es el poderío, tal la eficacia de esa voz,*

que a su imperio hasta los difuntos parece que se levantan, no ya a juicio, sino a locura sempiterna y a un frenesí perdurable».

Justificada su «ternura y edificación» por las cosas del terruño, con cuatro pinceladas siluetea la Mariseca, que «no es más que un lienzo pintado, puesto en los labios de una teja, que todos los años ven los salmantinos». Y pese a esa habitual convivencia anual, «no pasan vez por la Plaza, desde el día que se enarbola, que no la hagan una profunda reverencia y se paren a contemplarla encandilados. ¡Oh, variedad imperceptible de la devoción! ¡Oh, secreto impulso de las exterioridades! ¡Oh, Mariseca!», suspira.

De Dama la trata luego. Antonio García Boiza registra íntegra la cita en sus *Medallones salmantinos*; un *Bibliófilo*, que así firmaba su escrito, hace resumen en *El Adelanto*, 1917. Uno y otro, acuden a la rima nacida de *salmanticense* pluma en composición de *décima*:

Mariseca. Su merced
Es una gran señorita.
Usted clama y usted grita
Y usted, señora, es usted,
Por usted, el gorro y red
Se quitan los presumidos:
Usted tiene a mil rendidos
Y es para alabar a Dios
Mirar ante usted a los
Más locos, más detenidos

También la recoge Salvador Llopis (*El Adelanto*, 15 de agosto de 1979) al defender su tesis campanil, preguntándose si «el nombre de esta campana, por extensión, ¿no se aplicaría también al estandarte o símbolo taurino que, con ligeras modificaciones en su larga existencia aún conocemos?». En busca de los nombres de las campanas ascendió el entonces Cronista de la Ciudad a la torre de San Martín, el mismo día en que aparecía publicado su trabajo. El hecho, uno más para la *marisecana* historia, lo reflejaba Alfonso Hortal en *La Gaceta Regional* una fecha más tarde. «El señor cronista de la municipalidad de Salamanca, con gesto de humildad y servicio al pueblo, no tuvo inconveniente en oficiar de monaguillo subiendo al campario de San Martín para repicar las chilejas». Y volaban las notas arrancadas al bronce alrededor de *La Mariseca* que era izada en lo más alto del ágora. Otra vez, la fiesta a la vuelta de la esquina.

— ¡El toro, el toro! ¡¡Que viene el toro...!!

Y el toro corría, ya enmaromado, ya sin maroma liada a su testuz, por la calle de Zamora, la Plaza Mayor, Sordolodos, Libreros y, tras paso por la Universidad, otras rúas salmantinas. No es un toro escapado de *La Glorieta* en tarde de *desenjaule*. No. No es morlaco de hoy, de esos que,

se quejan los aficionados, doblan los remos en cuanto el varilarguero le rompe la piel con la puya. Ni mucho menos. Era astado bravo que, apenas separado de la vacada, tomaba nombre del santoral. Por el *Toro de San Marcos* se le conocía. Sería porque era la cofradía de San Marcos la que llamaba a la algarada, o porque el bicho —aunque no sólo él— hacía de las suyas el día que el calendario reserva al evangelista, no debido a que a éste se le represente acompañado de un toro. Que el toro va siempre junto a Lucas y es el león amigo de Marcos.

El *Toro de San Marcos* corrió a los salmantinos cada veinticinco de abril hasta mediados del siglo XVIII. Un año, más de desgracia que de gracia, el de 1752, le dio por cornear a un arriero de nombre Tomás. Le metió el asta y le sacó la vida. Y, como sangre llama a sangre y con su olor los toros se alocan, no dejó de embestir hasta destripar a los mulos en los que el buen tocayo del apóstol incrédulo transportaba unos pellejos de aceite.

Donde acaeció el suceso, en la calle de la Rúa, se colocó una placa de pizarra sobre la que se grabó una cruz. Un año después, en los oídos de las gentes de estas tierras, sonó la palabra prohibido. Obispo y Concejo, totalmente de acuerdo en combatir la *bárbara* costumbre. Un Real De-

creto sentencia en idéntica línea. En el Archivo del Cabildo nos topamos con este manuscrito:

«Ilmo. Sr.

Haviendo sido serbido S.M. remitir al Consexo escrita representacion a fin de que diesse la providencia conveniente a que cessasse enteramente, y se quitase de raiz la ceremonia supersticiosa obserbada de m^s a^s en los Pueblos de Estremadura, y en algunos de la Provincia de essa Ciudad, en los q^e la Vispera, o dia de sⁿ Marcos por las cofradias de estta Advocacion, Cura, Religioso, y escribano se saca un Toro de la Bacada, llamandole Marcos, y llebandole despues a la Igl.^a en procession, y ahun a las casas para lograr maiores limosnas, y conviniendo remediar semexante abuso ttan perjudial a las buenas costtumbres, mal sonante a la Veneracion y decencia ttan debido a las Iglesias, ademas de resistirlo y esttar prevenido por ley del Reyno, que no enttren en ellas Bestias algunas: Ha acordado el Consexo q^e los Corregidores de Estremadura, y essa Ciudad con las mas graves penas, y multas a las Justicias, y Cofrades de los Pueblos de su distrito, y donde hay este pernicioso abuso no saquen ni lleben en manera alguna la Vispera, u dia de sⁿ Marcos el Toro de las Bacadas, ni de ottra parte, no enttre en la Iglesia para Procession ni mostrarlo en manera alguna en



*las Casas, ni ahun emmaromado, y ha mandado prebenga a V.I. q^o como en esta escandalosa funcion, se mezclan Clerigos y Religiosos, para que mas bien ttenga obserban-
cia la providencia, disponga V.I. se contengan las Pers^s de su fuero, que con demasiada ignorancia, no han reflexionado los engaños que hai en estas maniobras ni gravissimos perjuicios, que de su Concurrencia se si-
guen a los Pueblos, que ttienen por milagro lo q^o no es ni hai mottivo de q^o sea por ser solo una Diabolica in-
vencion (...)*». Firmada la Orden en Madrid, a 3 de febrero de 1753 tiene como destinatario el Obispo de la Ciudad de Salamanca, que por aquel entonces era D. José Zorrilla de San Martín, quien estuvo al frente de la Diócesis desde 1749 a 1762.

Refleja bien el texto lo que acontecía. Mas la fiesta no se reducía a pasear al toro. Salamanca, por ejemplo, en tal fecha amanecía sembrada de astas. Por los datos que nos han hecho llegar los historiadores da la impresión de que había cuernos por doquier. Ventanas y puertas, por iniciativa de los propios moradores de las viviendas, zascandiles y alborotadores, muchos de ellos, con puntiagudos adornos. Y si cabía sospecha de que algún marido, por ser óseos los imaginarios atributos que el pueblo regala a los burlados por la parienta, podía derribar algún farol,

allí iba la jaranera muchedumbre y obsequiaba al varón engañado lo que el rumor, la especie callejera que corre más que la pólvora y no hay rincón, por recóndito que sea, que se le zafe, le presumía. Claro, ante tamaño descaro, no faltaban los trompazos y los ayes salpicando las risotadas.

Quienes se pertrechaban para la batalla que anualmente tenían que librar eran los barberos. Y es que la bribia que seguía a los cofrades en su andar limosnero ataba cuernos de buey a la punta de largas varas que, como atraídas por imán, se iban derechitas a las bacías que colgaban en las puertas de los establecimientos del rapado, el rasurado y otros menesteres. Golpe va, jofaina de agua hirviendo viene. Y así. Aunque era el adorno su más preciada pieza, tampoco se escapaban de las travesuras de la muchachada los escaparates, puertas y ventanas, que batojaban en demanda de moneda. ¡Peculiar cuestación, vive el cielo! El zafarrancho de los pedigüenos duraba lo que el oficio religioso, concluso el cual, el toro, «escogido de los más bravos de estas ganaderías», se adueñaba de las calles. Carreras, empellones, gritos, cornadas... Lo conducían, enmaromado, generalmente, al interior de casas y establecimientos; sobre todo si, como ocurría en la Universidad, podía entrar por una puerta y salir por otra.

—¡El toro, el toro! ¡¡Que viene el toro!!

Hecho el recorrido, si seguimos a Villar y Macías, tendremos que devolver el cornúpeta a la vacada. Mas si optamos por seguir a otros autores, como hizo Juan del Huerto en *Salamanca y sus costumbres*, tomaremos el camino del Zurguén para participar en campestre merendola a base, cómo no, de carne toruna. Y allí, entre tajada y tajada, entre trago y trago de tinto peleón tendremos ocasión de recordar cómo cinco lanceros hicieron que un montón de gabachos echaran a correr como alma que lleva el diablo. Fue un 29 de junio de 1811, pues era antigua costumbre entre la población salmantina celebrar el día de San Pedro en el campo, dando buena cuenta de lo que cupiese en el capazo y albergara el pellejo. Cuenta Villar y Macías que a la fiesta acudieron unos trescientos franceses y veinte cívicos, o cazadores de montaña, ascendien-

do los lugareños presentes a unos dos mil. «Cuando, a las seis y media de la tarde, se oyó mal reprimido y universal rumor de admiración entusiasta». Allí estaban los lanceros de don Julián. «Los cívicos y franceses que allí se hallaban, creyendo, sin duda, que era una avanzada de toda la partida huyeron aceleradamente por las vecinas lomas». Dos galos murieron, mientras los brindis de los paisanos eran reflejo de su euforia.

El Zurguén fue testigo. Como lo fue de las francachelas del *Lunes de Aguas* o de los paseos de Meléndez Valdés. El Zurguén, «negro borrón del purísimo cristal del Tormes» para Torres Villarroel. Para otros, marco en que colocar, como flor, a su musa.

Pero andamos extramuros y la noche empieza a tender su capa. Ya, cada cual a lo suyo. Y si algún día te apetece otro paseo y en vez de hacerlo solo deseas compañía ya sabes, amigo, dónde quedo.

BIBLIOGRAFÍA

- PAULINO ALVAREZ, O. P.: «¿De la tribu a los altares?» (Salamanca, 1962).
- FRANCISCO BOTELLO DE MORAES I VASCONCELLOS: «Historia de las Cuevas de Salamanca» (Salamanca, 1737).
- ANGEL DE CABO ALONSO: «Salamanca: personalidad geográfica de una ciudad» (Universidad de Salamanca. Salamanca, 1981).
- ANTONIO CASTILLO DE LUCAS: «Folkmedicina» (Edit. Dosat, 1957).
- JOSÉ MARÍA DOMÍNGUEZ MORENO: «El ciclo vital en la provincia de Cáceres: del parto al primer vagido» («Revista de folklore», Valladolid, 1986).
- LAMBERTO DE ECHEVERRÍA: «Oficios de Semana Santa» (Universidad de Salamanca. Salamanca, 1973).
- BERNARDINO FRANCO VALDES: Ceremonial de la Universidad de Salamanca (Manuscrito. 1796).
- BERNARDO DORADO: «Compendio histórico de la ciudad de Salamanca, su antigüedad, la de su Iglesia, y su fundación, y grandezas que la ilustran» (Salamanca, 1770).
- ANTONIO GARCÍA BOIZA: «Medallones salmantinos» (Salamanca, 1926).
- J. GARCÍA MERCADAL: «Estudiantes, sopistas y pícaros» (Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires, 1954).
- MANUEL MARÍA DE LOS HOYOS: «La Alberca, monumento nacional» (Selecciones Gráficas. Madrid, 1946).
- Un INGENIO de Salamanca: «Descripción funesta del terremoto que se experimentó el día primero de noviembre de este presente año de 1755, compuesta por un Ingenio de Salamanca» (Sevilla, 1755).
- MARÍA EUGENIA MAESO, O. P.: «Tshikaba, la princesa negra» (Salamanca, 1985).
- JOSÉ LUIS MAJADA NEILA: «Historia de la nieve de Béjar» (Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca, 1981).
- FLORENCIO MARCOS RODRÍGUEZ: «Historias y leyendas salmantinas» (Caja de Ahorros y M. P. de Salamanca. Salamanca, 1981).
- FRANCISCO NATIVIDAD RUANO: «Demostración y discurso sobre el fomento de la industria popular en la ciudad de Salamanca, con los planes que manifiestan su estado, cuerpos políticos, hacendados, fabricas y oficios: surtimiento del pueblo y otros oficios» (Salamanca, 1784).
- ISIDORO ORTIZ GALLARDO DE VILLARROEL: «Lecciones entretenidas, y curiosas, physico-astrologicas-meteorologicas, sobre la generacion, causa y efectos de los terremotos, y especialmente de las causas, señales y varios efectos del sucedido en España en el día primero de noviembre del año passado de 1755» (Salamanca, 1756).

M. VILLAR Y MACÍAS: «Historia de Salamanca» (Gráficas Cervantes. Salamanca, 1974).
JOSÉ LUIS YUSTE: «De fiesta y muy salmantina: el Lunes de Aguas» («Pliegos de folklore», INICE. Salamanca, 1985).
MANUEL BARCO LÓPEZ y RAMÓN GIRÓN: «Historia de Salamanca que escribió D. Bernardo Dorado, aumentada, corregida y continuada hasta nuestros días por D. Manuel Barco López y D. Ramón Girón» (Salamanca, 1863).
Colección de EL ADELANTO (Salamanca, 1883-Publicación viva).
Colección de EL CORREO SALMANTINO (Salamanca, 1848 y 1851-1852).
Colección de EL FOMENTO (Salamanca, 1881-1897).
Colección de EL PROGRESO (Salamanca, 1884-1887).
Colección de LA GACETA REGIONAL (Salamanca, 1920-Publicación viva).
Colección de SALAMANCA Y SUS COSTUMBRES (Salamanca, 1928).

INDICE DE TRADICIONES Y ALGUNOS HECHOS CON ELLAS RELACIONADOS QUE SE CITAN

BESAPIÉS DE JESÚS RESCATADO	48
BOCARRATONERA Y CULOCOLORAO	33
CAPILLA DE SANTA BÁRBARA	23
CRISTO DE LAS BATALLAS	19 y 20
CRISTO DE LOS MILAGROS	47 y 48
CUEVA DE SALAMANCA	39 α 43
CULOCOLORAO Y BOCARRATONERA	33
DESCENDIMIENTO	33
DOCTORADO «HONORIS CAUSA»	24 y 26 α 29
ENCUENTRO	34
FERIA DE BOTIGUEROS	35
FERIA DE SALAMANCA	50
GRADOS UNIVERSITARIOS	23 y 24
LUNES DE AGUAS	35 y 58
MARIQUELO, EL	10 α 18
MARISECA, LA	51 α 54
MUJERES DE SANTA ANA	46 y 47

NEGRITA, LA	43 α 45
NIÑO DE LA SALUD, EL	48 y 49
OFICIOS DE SEMANA SANTA EN LA CAPILLA UNIVERSITARIA ...	24 y 34
OFRENDA AL CRISTO DE LAS BATALLAS	20
OFRENDA A SAN BOAL	49 y 50
PACIFICACIÓN DE LOS BANDOS	31 y 32
PIEDRA QUE SE DESPRENDIÓ EN LA CATEDRAL VIEJA	19 y 20
POZO AMARILLO	31
POZOS DE NIEVE	36 α 39 y 42
PROCESIÓN DEL CORPUS	24
PUERTA DE CARROS.....	19, 21 y 23
RANA UNIVERSITARIA.....	29
ROMERÍA DE LA VIRGEN DE LA SALUD	48
SANTA ANA	45 α 47
SEMANA SANTA	33
TENTENECIO	30
TERREMOTO DE LISBOA	9 α 16
TORO DE SAN MARCOS.....	54 α 58
VIRGEN DE LA MISERICORDIA	45
VIRGEN DE LA VERDAD	20 y 21
VÍTORES.....	24 α 26

INDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	7
PREÁMBULO	9
DE TORRES, ROELES Y CARROS.....	11
EN CORRO Y DE CORRERÍAS	33



9 788487 339455

El Mariquelo, la calle de Tentenecio,
el Lunes de Aguas,
la Cueva de Salamanca,
la Mariseca, el Toro de San Marcos,
por citar sólo algunas de las
tradiciones urbanas salmantinas,
resultan de la mano avezada en la
escritura de José Luis Yuste,
paseantes ocasionales con los que
el autor tropieza en su ronda por la
ciudad, aproximándonos así
a un pasado plagado de
personalísimos acontecimientos,
que imprimieron a Salamanca
un carácter propio,
al margen, o mejor,
complementario,
de su fisonomía pétrea,
suficientemente familiar a propios
y extraños.



EXCMA. DIPUTACIÓN
PROVINCIAL DE SALAMANCA

Centro de Cultura Tradicional